

GASTÓN DE NORWEGE

# MARTA

NOVELA ORIGINAL.



CASA EDITORA

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES  
150 — San Martín — 159

LA PLATA  
Boulevard Indep. esq. 53

ROSARIO  
629 — Córdoba — 635  
1890



# MARTA



## CAPÍTULO I

En la Recoleta.—La mendiga

Era día domingo; un gentío inmenso llenaba las avenidas del Paseo de la Recoleta.

Día de Junio, frío pero hermoso, el sol brillante hacía resaltar el matiz oscuro de las plantas que resistían á las heladas del invierno y el puro azul del cielo prestaba á los prados tristes y quemados por los fríos, un aspecto ficticio de vida tras largos días de encierro á causa de continuadas lluvias, saludábase al sol con verdadero júbilo; multitud de jinétes á caballo se dirigían á Palermo, los carruajes se sucedían los unos á los otros en interminable fila.

Las largas y fastidiosas noches de Colón y el Politeama hacía que se admirase risueñamente el campo, el río y también las cúpulas del cementerio.

Los grupos de paseantes de á pié pululaban en el restaurant Velvedere y en todos aquellos puntos de diversión ó reunión de que está poblado el paseo.

En aquella multitud de pueblo podía notarse que la República Argentina era una verdadera nación cosmopolita; franceses, alemanes, italianos y españoles era lo que más abundaba. Sin embargo, que bien podíamos aunque en menor escala encontrar algunos representantes de las otras naciones del mundo.

Indudablemente que un extranjero llegado de improviso, ante aquella multitud sin saber donde llegaba, se hubiese creído en cualquier otra nación antes que en la Argentina.

Pero lo que en esos momentos llamaba la atención de todos aquellos paseantes y que producía diferentes efectos según la naturaleza del espectador, era una mujer que á orillas del camino tocaba una mala guitarra, acompañándose con una canción de timbre triste pero sonoro.

Era ella alta, delgada, de ojos azules oscuros y profundos, vislumbrándose por entre el encaje de su mantilla despedazada.

Era una figura hermosa á pesar de los andrajos que la envolvían; sus cabellos negros caían en gruesas trenzas más abajo de su cintura.

Su rostro de madre dolorosa desencajado y pálido era de rara belleza y poseía una indefinible expresión en donde se leía á la par de la espantosa miseria que la rodeaba, como una vislumbre de altivez y orgullo que nada podría doblegar. Una niña pequeña como de cinco años, vestida miserablemente como su madre, se agarraba á sus ropas temblando de temor y frío.

Era un verdadero querubín de cabellos negros y rizados; de grandes, pardos y candorosos ojos, y á no haberse hallado su pequeño rostro velado por un tinte de prematura melancolía hubiese podido pasar por un modelo de ángel de los que rodean á las vírgenes de Murillo.

El pueblo hacía comentarios; las chanzonetas, los chistes de mal género y los epigramas se sucedían.

La mujer se sonrojaba ligeramente, pero alzaba sus bellos ojos y su mirada sombría iba á perderse en las murallas del cementerio.

Aquella mujer debía sufrir inmensamente: no era una mujer vulgar; los rayos del sol poniente iluminaban su rostro, acentuando más la expresión de profunda tristeza que lo caracterizaba.

Algunos carruajes habían detenido su mar-

cha y contemplaban aquel cuadro, sin ejemplo, que todo contribuía hacer interesante.

La tarde fría, los tonos de colores del paisaje semejante á los cuadros del holandés Van-den Velde, allá á lo lejos el río lleno de colores y luces y al otro lado el sombrío follaje de las plantas y las lúgubres y húmedas murallas del cementerio.

Tal vez nadie admiraba todo esto, pero sin ver los ojos del alma lo presente y levanta ese especie de murmurio que nos hace sentir lo que jamás podremos pensar ni penetrar, pues que son los misterios de la vida.

Uno de estos carruajes era un lindo faetón que guiaba un joven de elegante porte y simpático rostro, podía tener lo más treinta años.

Otro joven ó más bien dicho hombre, pues que era de mucha más edad lo acompañaba.

—¡Qué linda mujer! exclamó el joven,—el otro se encogió de hombros con indiferencia.

—¡Pobre! — continuó el primero.

—¡Bah! ¿qué sabes tú? dijo el más viejo.—  
¿Crées acaso que es digna de lástima? Yo te aseguro que ella sabe demasiado el efecto que produce y saca partido de él.

¿Acaso una mujer joven y hermosa como esa puede llegar á caer hasta ese grado por necesidad? Calló un momento porque notó

que su compañero no le escuchaba; seguía á la mujer con su mirada y parecía como fascinado; era el joven hermoso, alto, delgado, de rubios y abundantes cabellos, de ojos azules oscuros, un bigote castaño sombreaba su boca, su sonrisa era franca y su mirar lleno de generosidad; en todo él se notaba al hombre distinguido desde su cuna. Indudablemente no era un advenedizo á la fortuna sino que poseía la seguridad y el aplomo de los que desde su niñez han aprendido la decencia, la cultura y la distinción.

La mujer cesó de cantar, paseó una distraída mirada sobre la concurrencia y esperó; pero de repente sus ojos se fijaron en los jóvenes que la contemplaban, el uno con una mezcla de sentimiento y simpatía y el otro con cínicico desprecio; una llamarada roja tiñó sus pálidas mejillas y con una mano tiró el encaje de su mantilla como para sustraerse á sus miradas.

El joven lo notó, metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacando dinero llamó al lacayo que se encontraba tras ellos.

—Toma, le dijo, llévale esto y dile que es una preciosa mujer.

El criado corrió á desempeñar su comisión.

—Pero, Manolín, ¿has perdido el sentido?

exclamó su compañero, mandar tanto dinero á esa perdida.

—Que importa, dijo Manolín con indiferencia. ¿Acaso todos los días no tiramos el dinero en peores cosas donde sabes? No, te equivocas, esa pobre mujer no es lo que tu crees.

El corazón me dice que no es una perdida y creo no equivocarme.

—Sí, bonita borrachera tomará alguno esta noche con lo que has dado á esa mujer. De ese modo se fomentan los vicios: ¿por qué no trabaja? ¿acaso no es joven y fuerte?

—Manolín se sonrió irónicamente; cualquiera al oírte pensará que eres un Catón, le dijo.

El criado se acercó, extendió la mano y dió á la mendiga el dinero. Ella cerró los ojos nerviosamente y como haciendo un esfuerzo lo tomó.

Él la miró cínicamente y le dijo.

—Oíga, buena moza, el que le manda ese dinero es aquel lindo joven rubio que está allí y al decir esto señaló á su amo con una rápida ojeada.

Me ha dicho que le diga á usted que es preciosísima.

Ella alzó los ojos y fijó en el criado una extraña mirada que hizo á éste retroceder un paso.

—Vamos, decía el amigo á Manolín, hace una hora que estamos parados en este sitio mirando esa chusma, todo el mundo pasa y nos vé. Si no te alejas yo me bajo y me voy á mi casa.

El joven llamó á su criado, arreó sus caballos y lanzando un suspiro se alejó arrojando una mirada de despedida á la mujer y murmurando:

—Otra vez vendré solo y entonces será otra cosa.

Una hora más tarde volvían de regreso hácia la ciudad. La luna brillaba con sus claros rayos iluminando las avenidas y el frio era intenso; los carruajes con vertiginosa rapidez se perdían ante la vista de los jóvenes. Manolín al llegar á la Recoleta hacía andar lentamente sus briosos caballos ingleses. El paseo se hallaba completamente desierto.

Las casas y chalets iluminados era el único indicio de vida en aquellos alrededores.

El compañero de Manolín se sentía contrariado; el frio helaba sus manos bajo la suave piel de sus guantes. Había alzado el cuello de su sobretodo, pero nada podía contrarestar el frio cortante de una hermosa y seca noche del mes de Junio.

Manolín tal vez no sentía nada de todo esto. Una secreta esperanza lo alentaba de volver á

ver á aquella singular mujer que desde el momento que la había visto no podía apartarse de su imaginación ni un instante.

Pero era en balde y el joven tuvo que alejarse de allí, las jentes y la mujer todo había desaparecido.

—¿Me dejarás en mi casa? Manolín, le había dicho su compañero.

—De ningún modo mi querido Hugo, le contestó éste; le he prometido á mamá llevarte á comer con nosotros y acompañarla luego contigo al teatro y estará impaciente esperándonos.

Por uno de esos sentimientos incomprensibles que á veces nos domina Manolín amaba ya á aquella mujer, y Hugo sentía hácia ella un sentimiento de repulsión extraordinario.

## CAPÍTULO II

### Mercedes

Poco después, y sentados en un elegante comedor de una hermosa casa de la calle de la Victoria, ambos jóvenes esperaban la hora de ir al teatro, tomando á pequeños sorbos el café.

Una señora como de cincuenta años, pero de una hermosa fisonomía, con cabellos blancos, ojos pardos, rasgados y dulces, leía junto á la chimenea; aquella señora era la madre de Manuel, viuda hacía unos quince años, había completado la educación de su hijo único, permitiéndole hacer lo que le diese la gana. Poseían una gran fortuna y pertenecían á una distinguida familia, desde sus abuelos, habiendo descendido de verdaderos hidalgos españoles, sin contar en toda su familia una de esas historias de pequeñas ó grandes infamias, que suele encontrarse á veces en algunos de los

árboles genealógicos en esta sociedad nueva.

Mercedes, que así se llamaba la señora, amaba con ternura á su hijo, tal vez era su única falta. Todo pasaba por mano de Manolín, y si él no hubiese sido de algún buen sentido, hubiese podido arruinar á su madre sin que ésta prorrumpiese en una queja.

Era Mercedes un alma de Dios, buena, afa-ble, caritativa y noble; impresionábale el mal ajeno y su casa era un verdadero asilo del pobre, pero ella lo hacía sin ostentación y en el silencio; no daba sumas á los hospicios; pero no abandonaba á la desgracia ni al pobre que encontraba á su paso.

Manolín merecía el cariño de su madre, su carácter era franco, abierto y generoso; captábase todas las simpatías, él también la adoraba, no tenía vicios, y si alguna vez las pasiones lo habían arrastrado pronto había vuelto en sí; había estado varias veces en Europa y cansado de todo, empezaba á hacer una vida más honrada, volvía más temprano á su casa y casi todos los días acompañaba á Mercedes á almorzar y comer; esto ponía loca de gusto á la buena señora, que creía que su hijo ya había sentado la cabeza, y empezaba á formar la idea de casarlo.

Hugo, el amigo de Manolín, era un ser frío,

de regular estatura y fisonomía vulgar; creíase superior á Manuel porque había seguido carrera. Hugo era médico y llegaba ya á los cuarenta años, su familia oscura, no figuraba en ningún círculo social, y había quien aseguraba que su madre había sido planchadora y que no se sabía quien hubiese sido su padre; pero por otra parte, esto no era sinó un chisme social sin consecuencia ninguna en nuestra sociedad, en donde la posición social y política lo hace todo.

Pero desgraciadamente Hugo X. no tenía carrera política hecha, y su consultorio apenas le daba lo bastante para satisfacer sus necesidades más apremiantes, mucho más con la vida que llevaba frecuentando todas las diversiones.

Había conocido á Manolín en Montevideo, en un verano, se habían hecho grandes amigos; Hugo había aceptado con alegría esta amistad que más tarde debía servirle de gran utilidad, pues desde entonces fué el más asiduo compañero de Manolín en todas sus diversiones.

.....  
Lo primero que hizo Manolín al entrar en su casa, y dejar á su amigo con su madre, fué llamar á Félix su criado.

—Si llegas á encontrar á la mujer de esta

---

tarde,—le dijo,—y si me procuras una cita con ella, te prometo hacer un buen regalo.

Félix sonrió, eso del regalo de su amo le agradaba muchísimo, ya sabía él como pagaba éste sus deudas.

La cosa es segura, le había dicho al joven, alejándose, no sin antes prometerle que lo conseguiría.

.....

Poco después y dando el brazo á su madre, que envuelta en un largo traje de gró de Nápoles, cubierta de yes y con su tocadito de plumas era todavía una mujer hermosa, Manolín y su amigo se dirigieron al carruaje que en breves minutos los condujo á Colón.

—¿Qué te parece mi novia?—le decía Manolín á su amigo festejando á su madre con una mirada y sentados ya en el palco.

—Encantadora, como siempre,—exclamó éste con galantería.

La señora los había oído y no pudo menos que sonreír.

- Como tanto me quieres Manuel, vivo abandonada de tí. ¡Dios mío como soy feliz cuando me acompañas al teatro! ésto no lo veo siempre, son tan raros los días que mi hijo pasa conmigo. . . .

El joven sonrió.

—¡Pero mamá! . . . .

—Silencio, señor mío,—díjole ella interrumpiéndolo—usted no tiene perdón del cielo ni disculpa, no tener más que este hijo y tan indiferente con su madre!

¡Ah! si quisiera te casaras, eso sí que me haría feliz.

Esto último no le hacía á él mucha gracia, no encontraba tan seductor como su madre el casarse.

Después de unas horas de aburrimiento Manolín dejó á la señora en su casa, y él y su amigo fueron á pasar el resto de la noche en el recibo de la señora L. . .

## - CAPÍTULO III

### Tristezas

En cuanto á la mendiga, luego que se vió con tanto dinero, gracias á la generosidad del joven, metió la guitarra bajo su manto y tomando de la mano á la niña se alejó.

Su paso era ligero y lleno de gracia, la ondulación de su ropaje destrozado, caminaba muda y entre la luz del crepúsculo y de la luna; que no podía notarse el deterioro de sus ropas sinó sus formas, nadie hubiérala tomado por una mendiga sinó por una mujer elegante y distinguida; tal era la forma airosa de todo su ser.

De pronto la niña lanzó un débil suspiro, la mujer se estremeció.

—¿Qué tienes Adriana?—dijo parándose repentinamente—¿estás cansada?

—Nó, mamá, tengo mucho frio.

La mujer al oír esto, tomó en sus brazos á la niña y la cubrió de besos.

—Ya llegamos, hija mía, hoy es el último día que salimos á la calle, ha sido un día feliz; todas las penas han acabado para nosotras. Dios me ha dado fuerzas para salvarte de la muerte: sinó hubiese sido por tí, yo me hubiese dejado morir de hambre y frio en medio de una calle antes de hacer lo que he hecho.

La mujer sollozaba al decir estas palabras, y la niña también había inclinado su cabecita y con sus pequeñas manos cubría sus ojos.

—No digas eso, mamá, me hace mucho mal; morir tu que eres tan linda y tan buena: eso no; y la niña volviéndose hácia ella abrazó su cuello con sus pequeños brazos y cubrió de lágrimas y besos las mejillas de la mujer.

Ambas lloraban silenciosamente.

Después de caminar calles y calles entraron en una fea casa de los suburbios de la ciudad, era ella de inquilinato, habitándola más de cincuenta familias, un estenso patio dividía una hilera de piezas á cada lado de él.

La joven abrió una de aquellas piezas al final de la casa y entró: el cuarto estaba casi vacío, en un rincón una mala cama y al otro extremo una ordinaria mesa y un banco toscó de pino.

Ella arrojó sobre el lecho la guitarra, desprendió la mantilla de su sienes, tomó el banco

y se sentó, entonces púdose admirar toda la riqueza de aquella cabeza ideal, de profusos cabellos negros y de forma griega que parecía un marco de ébano al rededor de su pálida y pura frente. Al mismo tiempo dejó ver su esbelto talle jentil de suprema elegancia.

Su vestido de seda negro, ajado y destrozado modelaba artísticamente sus contornos suaves y dejaba en descubierto la blancura de sus brazos y el perfecto corte de su aristocrática mano.

Tomó á la niña sobre sus rodillas, levantó la angelical cabeza de Adriana, y fijó cariñosamente en el rostro de ella sus miradas, cuanto amor, cuanta dulzura despedían sus grandes y hermosos ojos azules, parecía que el rayo de la luna que entraba á torrentes por la puerta la bañaba con célico resplandor, jamás pintor alguno en el mundo hubiera podido reproducir el sentimiento de inmensa ternura que expresaba aquella mujer de pálido rostro y mirar indefinible.

La niña no se movía, con religioso silencio no interrumpía el mutismo de su madre, también levantaba sus grandes ojos llenos de inteligencia y candor.

Pero de repente el rostro de la mendiga tornóse sombrío, profundos sollosos se escapa-

ron de su pecho y su garganta, con sus manos sostuvo su frente, lloró largo rato.

¡Dios mío! dijo con voz cortada, ¿sería acaso éste el destino que me estaba marcado, no fui siempre digna, por qué tan cruelmente rodé hasta el abismo? ¿qué crimen espío yo? he perdido toda la felicidad de mi vida en un minuto y no he cometido falta alguna ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cuál será el destino de mi Adriana?

Permaneció largo rato sumida en un abatimiento profundo.

Pero de pronto se estremeció, levántose, encendió una luz y cerrando la puerta llamó ante la mesa á su hija, donde había colocado alimentos que se apresuró la niña á probar.

Adriana comía, y la madre mirábala tristemente.

—¿No comes? mamá, dijo ésta interrumpiendo su frugal cena con muestras de pena.

—Sí, hija mía, exclamó ella tratando de acompañar á su hija.

Poco después desvestía á la niña y la acostaba en el lecho no sin antes haber modulado una oración; ya iba la madre á hacer otro tanto cuando sintió que golpeaban la puerta de su habitación.

Se apresuró á abrir; una mujer anciana de

desmarañados cabellos entrecanos, cubierta con un negro pañolón entró.

—Buenas noches, señora Marta,—exclamó; el rostro de ésta espresó una profunda contrariedad.

—Ya vé, señora,—dijo con agrio tono;—que voy á acostarme, es tarde, así pues le ruego, que si algo tiene que decirme, lo haga lo más pronto que le sea posible.

—¡Jesús, Dios mío!—exclamó la vieja sin hacer caso de las palabras de Marta;—que tristeza de cuarto, que frio debe hacer aquí, que desmantelado está esto.

Marta no decía nada, sentada en el borde del lecho, la contemplaba con ceño.

La vieja continuó:

—Venía hoy del Rosario de Animas, de San Francisco, y encontré á Clara, ya sabe usted de quien le hablo.

Al llegar aquí, la vieja, se interrumpió como temiendo aventurarse en su narración é ir más adelante; dirigió una mirada de soslayo á Marta, pero el rostro de ésta permanecía impassible.

—Se acordó de usted,—continuó, con más aliento;—y me ha dado un encargo para usted, me dijo que.....

Pero Marta la interrumpió repentinamente y con ímpetu:

—Ni una palabra más—le dijo,—todavía se atreve usted á venirme á hablar de esa Clara, á quien no conozco, y que ha hecho suposiciones de mí que me ofenden.

La vieja quedó suspensa, ante esta salida.

—Pero, señora,—balbuceó.

—Nada, no quiero saber nada,—continuó Marta, con tono altanero y despreciativo;—demasiada paciencia he tenido, en escuchar á usted en otras ocasiones.

—Pero yo no he propuesto á usted nada malo; únicamente que ocupase un buen puesto de ama de llaves, en casa del señor de Ladar, un señor solo, y muy respetable; me parece que cualquier posición es preferible á la que usted tiene.

—Yo no sé servir, señora mía; á más que no desconozco que, bajo sus buenas palabras, oculta usted intenciones que no la favorecen en nada.

—Hace usted suposiciones que no tienen visos de verdad,—dijo la vieja encendida de rabia,—no tanto, tal vez, por la ofensa que había en las palabras de la joven, cuanto porque perdía la esperanza de hacer un buen negocio, que hacía tiempo traía entre manos.

De ese modo corresponde usted,—conti-

nuó—al interés que le he demostrado, hay cien mujeres, que en mejores circunstancias que la de usted hubiesen aceptado mis ofertas y mis servicios.

Marta no pudo sufrir ya, levantóse de su asiento, tomó de un brazo á la vieja, y suavemente la sacó fuera de la pieza.

—Basta,—le dijo,—no puedo ni debo escuchar á usted ni un segundo más, porque si la desgracia me obliga á rozarme con gente como usted, aún quedo con la libertad de rechazarlas;—diciendo así, cerró la puerta.

La mujer quedó allí lanzando gritos y llevando de insultos á Marta; ésta permanecía muda dentro de su pieza, la vieja ébria de furor golpeaba la puerta y le tiraba piedras, tal vez quería que saliese la joven para trenzarse con ella en descomunal batalla. Algunos inquilinos asomaban sus estúpidas caras por entre sus puertas que entreabrían, pero nada, la vieja estaba sola y volvían á esconderse pensando que, como de costumbre, aquella mujer se había propasado en la bebida y estaba ébria.



## CAPÍTULO IV

### En busca

Á Félix, el lacayo, no le fué tan fácil desempeñar la comisión que su amo le había encargado, hacían quince días del célebre domingo del encuentro en la Recoleta, y aún Manolín no había sabido nada de ella; es claro, la joven no cantaba más por las calles y había mudado de habitación, por otra más central en la calle de Cangallo, hasta sus ropas eran distintas, todo esto era un motivo para que el lacayo no diese con Marta.

Manolín no podía apartar su pensamiento de ella, aquella figura singular turbaba hasta su sueño, él procuraba olvidarla y se decía á sí mismo.

—¿Cómo es posible que una desconocida, una aventurera, tal vez, haya tomado tanta posesión de mi alma, una mujer á quién no he visto sinó un instante, cuando tantas mujeres

interesantes no han logrado impresionarme hasta este punto?

Pero Manolín no echaba sus cuentas, y es que si algo impresiona el corazón humano, es lo extraordinario; nunca una figura semejante se había cruzado en su camino, y su corazón noble y generoso presentía en aquella mujer un algo digno y alto; un sacrificio inmenso que no existe en el mundo sinó en momentos dados. ¿Por qué todo ello? él no podía explicárselo, pero debían ser circunstancias extraordinarias, aquella mujer no podía ser sinó una extranjera de un país desconocido, un ser que ignorase completamente los usos y costumbres de los países civilizados; tal vez la soñó como una bayadera de la india, ó algo semejante, raro é incomprensible.

Podía ser también una aventurera, una bohemia, como Hugo decía; él había visto muchas veces esa clase de mujeres, cruzarse en su camino, en Europa y en América, pero nó; aquellas mujeres no poseían la altivez de la cabeza hermosa de la mendiga, ni ese aire de distinción que la caracterizaba, tenía demasiada delicadeza de alma para confundirla con aquellas; había vislumbrado en un segundo, y por entre unos encajes ajados; en el resplandor sombrío de aquellos ojos, azulmente hermosos, un algo

lleno de altura que no comete bajezas, y que sobre el montón de ruínas del deshonor y la desdicha, aún levanta con pureza su altiva frente; todo esto lo pensó, lo soñó ó lo sintió simplemente Monolín; ¿quién sabe? sólo sí, que ni por un instante la creyó una aventurera, sinó una mujer desgraciada.

Félix, había recorrido las calles, había preguntado más de una vez á sus conocidos, haciendo referencias de la mendiga, si la habían visto, si la conocían y ninguno le daba razón, ninguno la había visto; contaba á su amo sus inútiles pesquisas, y éste empezó á creer que todo ello no había sido sinó una visión.

Por fin, una noche, quince días después del encuentro en la Recoleta; y cuando Félix ya la creía perdida y con ella su propina; pasaba por la calle de Alsina, cuándo vió á una mujer joven que salía de una tienda de ropa blanca, con una niña pequeña, Félix se paró, la miró bien un instante y acabó de reconocerla, era la mujer de la Recoleta, luego se fijó en la niña, se convenció del todo, entónces la siguió á una distancia, vió donde entraba y preguntó á una criada que se encontraba en una puerta al lado de la casa donde acababa de entrar Marta, si conocía á aquella mujer.

—Sí, le dijo ésta; es una señora que hace

poco vive en esa casa, creo que alquila una pieza, así me lo ha dicho la patrona de ella, doña Luisa.

El lacayo corrió á dar cuenta á su amo.

—Ya no canta por las calles, le dijo, vive en la calle Cangallo y trabaja en una ropería de la calle de Alsina.

---

## CAPÍTULO V

Luisa

Algunos días después de aquella noche que dejamos á Marta en su cuarto cambiaba de habitación. La casa donde ahora vivía no era de inquilinato, pertenecía á una anciana solterona que alquilaba algunas piezas á gentes buenas.

La de Marta quedaba en el último patio bajo un parral, era un alegre cuartito lleno de luz y aire, había comprado algunos muebles y estaba contenta de ver que Adriana parecía feliz con este cambio.

Merced á la recomendación de una buena señora, á quien había contado sus penas, le daban trabajo de bordados en una casa de ropa blanca, bordaba todo el día y marchitaba sus mejillas el demasiado trabajo, pero á sus pies sentada en un banco jugaba su hija fresca y limpia.

La dueña de la casa era una solterona de más de cincuenta años, alta y seca, pero de apacible carácter, había mirado con simpatía á la pobre joven y algunas tardes llevaba su labor y cosía á su lado.

—Señora Luisa, le dijo una tarde Marta; yo creo que por fin mis penas han acabado.

Si tuviese que volver á empezar estoy segura que no tendría ya fuerzas para sobrellevarlas.

—Hija mía, contestóle la vieja; la vida es la lucha; sin luchar no se puede vivir, feliz al que le toque la menor parte de males, porque ese puede decir que ha sido feliz.

Yo por ejemplo, he llevado una vida triste, no poseo nada, apenas cuento con esta casa, único patrimonio que he heredado.

Pero la falta de fortuna no hubiese sido nada para mí si mi corazón no se hubiese encontrado tan solo.

¿Cree usted que no he sentido la necesidad de amar algo durante mi vida? ¡Ah! Dios me privó de todos aquellos dones que contribuyen á la felicidad de una mujer; hoy soy una anciana y la vejez es siempre desagradable, pero en mis primeros años fuí realmente fea y nadie bajo tan ruda corteza sospechó hubiese un alma sensible y tierna dispuesta á amar hasta el sa-

crificio; mucho más que nunca fui ambiciosa, hubiese amado á un hombre á mi alcance y mi placer más grande hubiese sido el luchar por la felicidad de los que me rodeasen.

Al llegar aquí inclinó Luisa la cabeza y una lágrima ardiente rodó de sus ojos.

Marta también estaba conmovida; el infortunio de aquella pobre mujer abandonada la impresionaba, había sufrido mucho, pero su corazón no se había gastado.

—Luisa, la dijo tomándola una mano, que acaricié entre las suyas; Adriana y yo no nos separaremos de usted nunca, ella será una hija para usted si usted lo quiere.

—Gracias, Marta, es usted muy buena, no lo olvidaré nunca. Usted ha tenido lástima de mí y no ha hecho sarcasmo de mis penas, del aislamiento de mi corazón, infunde tanta burla una solterona.

Ambas mujeres se confundieron en un largo abrazo.

—Pues bien, señora, ya que usted me ha demostrado su amistad haciéndome confidente de sus penas, yo debo á usted igual retribución; quiero desahogar mi corazón y contarle porque cúmulo de circunstancias llegué á arrastrarme hasta donde lo he hecho, siendo una mujer distinguida.

## CAPÍTULO VI

### Historia de Marta

Es una historia triste y trágica,—continuó ella,—pero Adriana no debe oír, es muy niña y demasiado ha amargado su corazón la desgracia,

—Hija mía, vete á jugar por el patio,—dijo volviéndose á la niña, quien se apresuró á obedecer.

Marta empezó así:

—Mis padres eran griegos; vivíamos en Atenas; entonces tenía yo diez y siete años; mi padre era un rico mercader, y mi madre una noble y buena matrona; no tenían más hija que yo, y había yo llegado á los diez y siete años con una vasta instrucción, pues tras de las altas murallas de nuestra casa no se había omitido gasto alguno para que yo no caraciese de maestros; hablaba el francés y el español con bastante

perfección, lo mismo que el inglés, tocaba el arpa y el piano, cantaba con cierta afinación y en todo lo demás podía ponerme á la par de la joven más instruida.

Por entonces decían que era tal la hermosura mía, que me habían dado el nombre de reina de belleza; yo lo ignoraba; más tarde lo supe por mi esposo, y aún puedo asegurar que hasta entonces no sabía que fuese hermosa; tal era el poco trato que tenía con las jóvenes de mi edad, sino era con mi vieja institutriz, miss inglesa de más de sesenta años, de agrio carácter, y de mis padres, desde que llegué á formar me del todo, notaba el continuo sobresalto en que vivía mi padre. ¿Por qué esto? no lo sabía, pero como nunca se echaban dobles cerrojos á las puertas de nuestra casa y se procedía á una activa vigilancia, un día me llamó mi madre y me dijo:

Marta, tienes ya diez y siete años; tu padre y yo vivimos siempre en continuo sobresalto, no es en nuestra patria donde el griego tiene asegurada su vida y su fortuna; somos ya ancianos y nadie fija sus miradas en nosotros; pero tu no estás en las mismas condiciones.

Así, pues, no encontramos otro medio sino el casarte; hoy ha pedido tu mano un joven inglés que te ama; debes aceptarlo; por otra par-

te, esto no será un sacrificio para tí, pues es joven, hermoso y un completo caballero: yo bajé mis ojos y acepté; mi madre tenía razón; después yo era tan joven, y sobre todo tan sin mundo, que no valoraba el paso que iba á dar. Afortunadamente Wuillans era tal cual me lo había descrito mi madre; reunía todas las condiciones para ser amado por una mujer de corazón; llegué á amarlo con toda mi alma.

Hijo segundo de un rico y orgulloso lord, no debía heredar títulos, pero si parte de su fortuna.

Se había dedicado á la marina mercante y era capitán y propietario de una preciosa goleta... Un mes después de mi casamiento partimos, dando un eterno adiós á mis padres y tal vez á mi patria; á quien creo no volveré á ver; tuve el sentimiento de dejar enferma á mi madre, poco después sabía que ya no existía; mi padre no tardó en seguirla, y seis meses más tarde los dos habían bajado á la tumba.

Mi esposo vendió mi herencia y con su producto compró una linda quinta en los alrededores de Londres, pudiendo disfrutar por algún tiempo de cierta tranquilidad, pero esa dicha no debía ser duradera; Wuillans era menor de edad, no tenía aún veintiún años y mi suegro que no estaba gustoso del casamiento de su hijo

trató de perseguirlo, pues quería se considerase nula nuestra unión; resolvimos abandonar á Londres, vendimos nuestra casa y fuimos á establecernos en París, alquilamos un segundo piso en el barrio de Saint German; cada mes, mes y medio venía Wuillans á pasar algunos días conmigo, esto me contrariaba porque lo amaba mucho y cada separación me era muy dolorosa, pero él no poseía más haber que su carrera y quería asegurar nuestro porvenir; por aquel tiempo vino al mundo Adriana.

Yo he sido por carácter y costumbre amiga de la soledad, en París no salía á la calle y no tenía relación alguna, una criada muy inteligente me hacía todo el servicio adentro y fuera de la casa.

—Es preciso que abandones París y vayamos á establecernos á América; vino y me dijo un día mi esposo; yo accedí, me era completamente indiferente vivir en uno ú otro sitio.

Vinimos, pues, á América y habitamos una linda casita-quinta en Montevideo; yo hablaba regularmente el español, así es que en seis meses pude ponerme al corriente de este idioma hasta el punto que muy pocas personas al oirme hablar conocían que era extranjera.

Hará un año, en el mes de Setiembre, que leyendo un diario me encontré con un tele-

grama que daba aviso del naufragio de la goleta *Marta*, propiedad de mi esposo y en la que navegaba; había naufragado en el Atlántico sin poderse salvar ningún pasajero, creí volverme loca, lloré durante tres meses sin salir de mi habitación, cuando desperté de mi profundo dolor me encontré en la calle, pues la casa no era mía y debía el alquiler de algunos meses, se me embargaron los muebles; pues los pocos recursos que me dejara mi esposo se habían consumido en aquellos tres meses que no tuve ni valor para mirar mi alarmante situación, vendí las pocas alhajas que me quedaron (y que casi nada saqué de ellas) y haciéndome de algún dinero me decidí á venir á Buenos Aires ¿qué podía hacer quedándome en Montevideo? yo no conocía á nadie, no tenía allí amigos, creí que en este centro más grande y rico podría encontrar los medios de subsistir, fué un error de que bien pronto me convencí; sea como fuere, en Montevideo aún cuando yo no conocía á nadie, pero á mí me conocían, sabían que era una señora honrada y distinguida y no me hubiese faltado trabajo si yo lo hubiera solicitado, pero me dejé dominar por ese sentimiento que Dios ha castigado en mí cruelmente (el orgullo) y no lo hice; tuve altivez de doblegarme en solicitar una ayuda, un apoyo, á gentes que yo

había tratado con desden, y ha sido la causa de todos mis mayores infortunios.

Llegué y paré en un mal hotel de la calle 25 de Mayo y me dediqué á buscar en que ocúpame, vine á varias casas conocidas á ofrecirme como institutriz, pero en todas partes se me trataba con desden; buscaba trabajo y eso solo era un crimen, á más se me dijo que no era costumbre el dar á las niñas institutriz, que se las mandaba á la escuela.

Cuando perdí esa esperanza, busqué trabajo de cualquier clase, de modista, de bordadora, pero todo fué en balde, en todas partes se me exigía recomendaciones y se me miraba de soslayo, á veces oía murmurar entre dientes que era yo una perdida, y otras suposiciones peores; yo no sabía porque lo decían, pero un día comprendí al mirarme en un espejo: iba con un rico traje negro de gro, ya ajado y deslustrado, mi gorra también había perdido su frescura, pero conservaba el sello de la elegancia de su origen; mis ojos se habían hundido mediante á la fatiga, el insomnio y la incertidumbre del día de mañana, tenían una espresión febril, mi hija llevaba un trajecito elegante, pero ya súcio, y sus zapatitos empezaban á romperse en sus puntas; entonces comprendí el porque del desprecio con que me miraban

las gentes honradas y las cínicas miradas de los hombres.

Parecía en todo mi aspecto una mujer viciosa y miserable, cuanto no deseé poder cambiar mi traje por otro, aún cuando fuese lo más modesto; pero ya no contaba con dinero alguno, ese día la dueña de la posada me había arrojado á la calle quedándose con alguna ropa blanca, únicos efectos que poseía y llenándome de insultos porque le debía unos días, ¿qué haría? me paré en medio de la calle á reflexionar; por fin, desprendiendo la mantilla de mis hombros la puse por la cabeza y la gorra la tiré; así estaba mejor, de ese modo me parecía que me ocultaba á las miradas del mundo y á los insultos de los hombres; á más estaba más con mi situación que desde entonces debía ser muy modesta; al pasar por junto á una vidriera me miré y me encontré más aceptable; la noche declinaba y yo no iba á tener donde dormir, y pasaríamos la noche sin comer.

Entonces entré en algunas casas de comercio, preguntando donde podría encontrar una casa en donde me pudiesen aceptar como criada, aunque fuese para los servicios más bajos, se me señaló algunas: en unas se me miró con desconfianza y en otras se me dijo que mi hija era una inconveniente para recibirme.

La noche llegó y no encontramos donde alojarnos, milagrosamente nos escapamos de ser llevadas presas, por vagas, dormimos en un oscuro rincón de una plaza, y á los primeros albores de la mañana, como el judío errante, volví á emprender mi peregrinación por las calles; mi hija, á veces, sollozaba de hambre, yo la miraba con impaciencia.

—No llores, le había dicho con cólera, ni me desesperes, no tengo pan ni tengo dinero, lo ando buscando, ya comerás, y la pobre criatura sollozaba en silencio por temor de incurrir en mi enojo; ese día era Jueves Santo, y á los primeros toques de las campanas de las iglesias, corrí á ganar un escaño en la Piedad, hasta tanto que llegasen las horas hábiles en que todo el mundo se levanta, mi hija y yo en un rincón de la iglesia descansamos y dormimos algunas horas; sería eso de la una de la tarde cuando desperté; un gentío inmenso salía de los oficios, yo levanté á mi hija y salí también, volvimos á recorrer las calles y las casas, pero tampoco ese día fué afortunada; llegó la noche, hacían más de veinte y cuatro horas que no probábamos bocado, debíamos en breve morir de inacción, y esa noche debía volver á dormir en la calle; había una sola salvación para nosotras, al menos la que me parecía me-

nos degradante y era el alargar mi mano á un transeunte y pedirle una limosna; pero ese orgullo, esa dignidad, propios de las gentes que no han conocido nunca la bajeza y la infamia me detenía; las diez serían poco más ó menos, y rendida de hambre y fatiga entré en la iglesia de la Merced, que estaba todavía abierta, todo mi refugio de aquel día habían sido las iglesias; pero yo no pensaba en orar, había sido tan buena toda mi vida, con mis padres y con mi marido, que encontraba en esos momentos de sombría desesperación injusto á Dios, y como el Ángel rebelde no quería humillar mi frente y pedir misericordia, por fin las puertas de la iglesia se cerraron y el sacristán me pidió me retirase; yo salí y me senté en las gradas del templo. Adriana, hacía tiempo que no lloraba; corría un frío glacial por el desierto átrio, yo sentía estremecerse á mi hija, al par que su frente quemaban mis manos, la desesperación más espantosa me había sobrecogido, quería lanzar gritos y me parecía rebolearme como una loca por los suelos llorando con desesperación, paisajes sangrientos pasaban por mi afebrado cerebro; pero esta especie de alucinación no me duró más que unos segundos; volví en mí, tomé en mis brazos al pobre ángel que Dios me había con-

fiado y lo cubrí de besos y lágrimas, la pobre niña parecía revivir á estas caricias, hacía dos días que mis ojos no se fijaban en ella; la idea de verla muerta, me estremecía, pobre criatura, el hambre, el cansancio y la falta de la ternura de su madre casi la habían conducido á la muerte.

Doce campanadas dió en la torre; oía los gritos y carcajadas de los jóvenes que descendían de sus carruajes en el café de París, á cenar: yo lloraba amargamente; unas horas más y el cuerpecito de mi Adriana ya no sería sinó un yerto cadáver, estaba decidida á todo, el primer paso es lo que cuesta, pero después de franquear los umbrales de cualquier senda, ya uno va despeñándose rápidamente.

Yo no tenía sinó acercarme á un transeunte y pedirle una limosna, segura estaba que me la darían, sinó unos, otros, todas estas ideas pasaban por mi imaginación, ya no dudaba más, era tarde, pero en los cafés había hombres, esperaríá la salida de éstos y les pediríá.

Mientras yo lloraba y pensaba, una mujer anciana, un montón de harapos, me había estado contemplando, se acercó suavemente á mí, y con su trémula mano tocó mi hombro, yo me estremecí, volví mi rostro hácia la mendiga y quedé sorprendida de la bondadosa espresión de aquella fisonomía.

—¿Por qué llora usted? ¿qué tiene?—me dijo.

—¡Ah! señora, le contesté sollozando, soy muy desgraciada y en compendio le conté mi historia.

Hoy por hoy no se aflija, dormirá usted en mi casa y partiré con usted un mendrugo de pan que llevo en mi bolsa.

Aquella anciana, paralítica de un brazo, y casi ciega, no era una mendiga corrompida, sino una pobre mujer.

Tomé á mi hija en brazos y la seguí agradecida. Caminamos muchas cuadras hasta que por fin, tras la plaza San Martín, y en una de las barrancas, entramos en un sombrío é inmenso corralón, en cuyo fondo y construído con algunas tablas carcomidas y mal unidas, se encontraba la habitación de la mendiga, sacó de debajo de sus harapos fósforos y encendió luz; entonces pude apreciar toda la espantosa miseria de aquella guarida destartalada y fria.

Un montón de harapos servíale de lecho, de la pared colgaban algunas estampas y una mugrienta guitarra.

La vieja me miró tristemente, tomó un pedazo de alfombra de un rincón y lo extendió en el suelo.

—Señora, Dios mío, no poseo otro asiento, pero usted debe estar cansada y le ruego lo acepte:—había cierto timbre de vergüenza en

su voz: yo tomé sus manos, las cubrí de besos y lágrimas.

—Gracias! gracias, exclamé sin poder articular otras palabras

—Ahora, dijo ella,—veamos lo que tengo;—sacó algunos panes de su bolsa y otros alimentos y poniendo todo en un plato lo puso en el suelo ante nosotras y nos invitó á aceptarlos; mi hija y yo comimos; nunca durante toda mi vida había dado crédito á todas esas narraciones de hambrientos de que están pobladas las novelas, pero entonces comprendí que hay circunstancias que están por encima de las fuerzas del hombre, y que apesar de la lucha llega un momento en que se puede padecer verdadera necesidad.

Me acordaba de mi niñez tan feliz, de mi enlace, de aquella encantadora casa de Londres, de la sociedad distinguida que me rodeaba entonces, y cinco años más tarde, en un país desconocido, perdida toda la esperanza de tornar á aquellos días de felicidad que me habían cercado, me encontraba casi moribunda de hambre, con mi hija que debía arrostrar una penosa existencia en su porvenir, en una horrible cueva al lado de una anciana infeliz, que por lo menos tenía el consuelo de ver que era una pobre y hourada mujer.

Mientras yo me sumía en un mundo de recuerdos y reflexiones, la mendiga debía estar en igual caso; con su mano sana llevaba los alimentos á su boca y sus ojos se fijaban con obstinación en un punto lejano. ¿Qué pensaría? quien sabe; tiene tantos recobecos el alma!

—¿Crée usted que es la única que ha sido desgraciada en el mundo? me dijo de repente. Pues usted se equivoca; nadie ha sido desde su infancia más desgraciada que yo; mi historia de orfandad y horrores haría llorar las piedras, si estas lo supiesen, pero los hombres han pasado indiferentes ante mí; si han conocido mis penas, no lo sé, pero de cualquier modo hubiese sido siempre igual porque el corazón humano es más duro que el pedernal.

Ahora ya soy una anciana, todo lo he perdido; tenía un hijo, el pobre era ciego de nacimiento, solo por eso puede usted valorar cuanto ha debido hacerme sufrir y sin embargo á su lado he sido relativamente feliz, porque nos queríamos y yo velaba siempre por él. Cantaba con esa guitarra único recuerdo que conservo de lo que más he querido en mi vida, y diciendo así la anciana me señaló la vieja guitarra que pendía de la pared.

Hace más de un año que ha muerto, conti-

tinuó sollozando la mendiga; ha muerto, sí, porque la pena mata royendo el corazón.

Entonces nos daban limosna porque le tenían lástima, hoy apenas recojo lo muy necesario para no morir de golpe sinó lentamente, pues cada día me siento más débil, pero á pesar de todo prefiero esta espantosa miseria y soledad que ir al asilo donde se tratan tan mal á los mendigos.

Yo me levanté; aquella mujer me enseñó mi deber.

—Mañana le dije acompañaré á usted; seremos dos para pedir y estaremos mejor.

Mucho me costó pero lo hice. Sin embargo, no pude tener ni quince días la compañía de Úrsula la mendiga, porque una noche oscura que salió á hacer una compra la volteó un coche y la mató.

Yo mudé de habitación, pues me impresionaba el cuarto donde había vivido con mi pobre amiga á quien lloré con todo el alma.

Poco me queda que contar á usted. Un mes después de la muerte de la anciana cantaba yo en el Paseo de la Recoleta; lo que quería era reunir lo más pronto posible algún dinero para poder con más calma y tiempo procurarme trabajo; así, pues, era ese el motivo de que poco me recataba de las gentes, á más la fiebre

me dominaba y no veía otra cosa sinó el momento de salir cuanto antes de aquel infierno donde me había sumido la necesidad. Un día un joven á quien no conocía, condolido indudablemente de mi orfandad, me envió una suma que debía ponerme al abrigo de la miseria por uno ó dos meses y que fué lo suficiente para ayudarme.

La fortuna me favoreció, entonces fuí á ver á una señora que se me había ofrecido cuando yo vagaba por las calles; mediante las recomendaciones de ella obtuve trabajo en una casa de ropa blanca.

Al día siguiente me mudaba y venia á vivir á esta casa donde he encontrado una verdadera amiga.

Hace dos días que me levanté con una resolución suprema.

Mi hija pertenece á una noble familia, tanto por su padre como por su madre y yo no podía conformarme con la idea de hacer de ella una obrera, así pues tomé la pluma y escribí á mi suegro lord D . . . la carta debía ser enternecedora, pues al volverla á leer me hizo llorar; le contaba mis penas y las de su nieta. No se si esa narración conmooverá su corazón y nos protegerá; yo confio en la misericordia de Dios que es sumamente grande,

## CAPÍTULO VII

### Asaltos de Manuel

Así que Félix fué con la noticia á Manolín, éste se decidió á ir á ver á la joven, sin embargo, no quería entrar en casa de ella, por más que no le faltase más de un pretesto.

Una noche, á eso de las ocho, se instaló en la esquina en su cupé; sabía que Marta salía á esa hora con su hija, iba á la camisería donde la daban trabajo, no hacía mucho tiempo que estaba allí, cuando la vió salir; Marta había cambiado de aspecto, lo mismo que Adriana, la madre llevaba un vestido de lana oscuro que diseñaba perfectamente sus formas encantadoras, su cabeza estaba envuelta sin pretensiones, con un velo sujeto á la barba; la niña también iba calzada y abrigada, pero apesar de este cambio el joven la reconoció.

No estaba ella más hermosa, que con su destrozada mantilla, pero iba más decente.

El descendió del carruaje, y acercándose la detuvo.

—Señora,—la dijo,—no me conoce usted; ella volvió los ojos y pasó de largo, pero volvió á alcanzarla.

—Señora, perdone usted, tengo que hablarla un momento, yo sé que usted no me conoce, pero yo sí á usted, desde una tarde que la ví en la Recoleta; desde ese día no he podido olvidarla, ¡estaba usted tan linda!

¿Pero qué... ya no canta? lo siento verdaderamente, lo hace usted con tanta gracia, que desearía volverla á oír.

Las mejillas de Marta se habían enrojecido; la vergüenza hizo inclinar su frente.

—¡Ah! caballero, gracias á Dios, espero que ese tiempo no volverá, las desgracias me condujeron hasta ese estado...—esto dijo ella con acento triste y con un tinte de profundo reproche.

Manuel se conmovió, temió haberla ofendido, y quiso enmendar el mal.

—En resumidas cuentas, usted no era otra cosa sinó una murguista, una música callejera.

—No señor, lo que yo tocaba y cantaba, no merecía el nombre de música, era un acento para conmover los corazones buenos.

—Es usted demasiado hermosa para im-

plorar;—exclamó Manuel, con exquisita galantería, aunque con ligera licencia,—usted, debe exigir y no pedir.

Ella, al oír esto volvió sus ojos y los fijó con fría altivez en él.

Éste no notó nada, y seguía hablándola sin cesar,—si usted gusta ocupar mi carruaje, dijo de pronto, irá usted más cómoda.

La joven no contestó nada, y aligeró su paso.

—¿No quiere usted? ¿por qué no me contesta?

Porqué yo no tengo nada de común con usted, yo no le conozco y le ruego se retire,—le contestó Marta.

—Usted cree señora, que soy como los demás hombres,—exclamó él;—usted cree que no soy capaz de profesar á usted, una verdadera amistad, créame que desde el día que la vi la he amado con toda mi alma, nunca he sentido por otra mujer el sentimiento que usted me ha inspirado; dígame que es necesario hacer para granjearme su amistad, y eso lo haré; soy demasiado rico para satisfacer los caprichos y fantasías de la mujer más exigente, pruébeme, pidiéndome algo, aún cuando fuese la cosa más difícil y costosa, yo lo conseguiría para usted.

Ella sonrió irónicamente.

—¿Y si yo aceptase todos esos ofreci-

mientos, qué exigiría usted de mí?—le preguntó.

Él alentó, entraba en vías de convenios, había pues dado un gran paso; cómo un relámpago cruzó por su mente cuanto Hugo le había dicho, no sería ella acaso una aventurera, pero de cualquier modo la amaba, era tan hermosa, brillaban tan dulcemente sus ojos.

—Yo exigiría muy poco de usted, le dijo, que me dejase amarla, decírselo algunas veces, y que no me aborreciese como aparenta haberlo.

—Seré franca,--exclamó Marta, --no deseo nada de usted, y no concederé á usted ni siquiera mi amistad, porque la amistad con usted no podría convenirme.

No había enojo en sus palabras, y Manolín creyó que era una parada en falso para no rendirse de golpe, creyó que con un poco de retórica estaría todo conseguido.

—¡Ah!, ¿con qué me considera usted peligroso? me alegro mucho.

A ella le hizo gracia esto y no pudo menos de sonreír.

Esta condescendencia envalentonó y vino á rectificar la opinión que pocos momentos antes había tomado posesión de su alma, á más un arrebató de ternura hácia ella, hizo que extendiera un brazo y rodease la cintura de Marta.

—Ya sabía yo que concluiríamos por ser buenos amigos,—la dijo mirándola apasionadamente.

Ella no le dejó concluir, una fuerte bofetada cayó en la mejilla de Manolín, que quedó aturcido un momento, mientras la joven se alejaba y le decía:

—De este modo he recibido siempre á los que han tratado de ofenderme.

Esa noche, Manolín no fué á su casa como siempre que experimentaba alguna contrariedad. Al día siguiente á las diez de la mañana, entró de pésimo humor, pálido y desencajado; no era extraño, pues, para olvidar su pena se había pasado la noche jugando.

Quería verdaderamente á Marta; aquella mujer singular había hecho presa de su corazón, hasta encontrarse indiferente á todo.



## CAPÍTULO VIII

Laura

Mercedes esperaba á su hijo con verdadera impaciencia, teníale preparada una sorpresa; así fué que en cuanto le vió entrar corrió á colgarse de su cuello, pero quedó parada ante la palidez del rostro de Manolín.

—¿Qué tienes, hijo mío? le dijo.—vienes que pareces enfermo.

El joven se miró á un espejo, y comprendió la alarma de su madre; sintió que ella lo hubiese estado esperando, y sorprendídolo en tan extraño aspecto.

El rostro alegre de Mercedes, momentos antes, habíase tornado sombrío.

—Eres incorregible, hijo mío,—le dijo.

El no contestó, bajó la cabeza, y corrió á esconderse en su cuarto, no sin que antes su madre le hubiese exigido que bajase á almorzar.

Poco después Manolín entraba al comedor

fresco; con un trajecito claro había hecho su *toilette*, procurando extinguir las huellas de insomnio y fiebre que había pasado con las cartas en la mano.

Al entrar, retrocedió un paso; una joven de luto ocupaba la cabecera de la mesa.

—¡Habías estado con visita! mamá,—exclamó acercándose á la joven.

Ésta lo miraba sonriente con los ojos húmedos de lágrimas.

—¿No la conoces?—dijo Mercedes.

El miró á la desconocida dudosamente, pero ella corrió á abrazarlo.

—Soy Laura, tu prima, ¿no me conoces? ingrato, yo entre mil te hubiese reconocido, le dijo, mientras lo estrechaba entre sus brazos.

Él no volvía de su sorpresa.

—¿Tú Laura? ¡Es posible!—¿Qué es esto, mamá?

—No extrañes hija mía,—exclamó Mercedes dirigiéndose á Laura,—que él se sorprenda; ya te dije que ignoraba tu llegada; ya ves que no te he engañado, y que su ausencia, ayer en el puerto, fué debida por tener el gusto yo de darle la sorpresa á la hora de la mesa; no le había dicho nada.

Poco después, sentados á la mesa, el joven no se cansaba de mirar á Laura, á quien profe-

saba un gran cariño, si bien puramente fraternal.

Laura era hija de un hermano de Mercedes; el día antes había llegado con su padre de Europa; su madre hacía más de un año que había muerto.

Mucho tiempo habían vivido en París, hoy volvían; era la sobrina predilecta de la buena señora; se puede decir que se había criado en los primeros años de su vida al lado de su tía, á quien quería tiernamente. Al llegar su padre la había dejado en poder de Mercedes hasta tanto de establecerse completamente.

Laura era hija única y su padre poseía bastante fortuna; era una graciosa criatura, si bien distaba mucho de ser bella. De estatura alta, más gruesa que delgada, pero bien formada; de ojos grandes, pardos; de nariz un tanto respingada; de boca grande, pero con hermosos dientes.

No era linda, pero era graciosa é interesante; á más sus miradas expresaban bondad y dulzura; su sonrisa era franca y el timbre de su voz simpático. Podría tener algo más de veinte años; su educación tal vez era demasiado superficial; sin embargo, tocaba el piano. Cantaba con bastante sentimiento, hablaba bien el francés, sabía leer y escribir, tal vez

nada más; pero en cambio su corazón era bondadoso y caritativo, capaz de sacrificarse por los que amaba.

Luego, toda su persona respiraba ese algo encantador que rodea á una joven buena y distinguida como para hacer la felicidad del hombre más exigente.

En otras circunstancias que por las que pasaba Manolín, hubiese visto todo esto, pero entonces su corazón se hallaba demasiado interesado para verlo. Le arrastraba hácia Marta algo doloroso y desconocido; un sentimiento extraño que lo hacía sufrir; á veces la veía degradada y miserable como la pintaba Hugo y otras semejante á un relámpago que iluminaba su alma; veíala noble y majestuosa, algo semejante á una reina agasajada por una corte adulatora, pero esta imagen se disipaba y tomaba forma y colorido para dominar cualquier otra.

La mendiga, aquella que cantaba á orillas del camino tirando sobre su rostro su despedazada mantilla para sustraerse á las miradas de los transeuntes, le preocupaba.

La bofetada de Marta no había enfriado su amor; comprendió que tenía razón y eso le ponía triste.

Hugo sabía todo lo que había pasado entre él y Marta.

—No creas, le dijo, todo eso no es más que comedia: hay mujeres que á veces cuando encuentran un hombre que les demuestra estimación no quieren mostrarse degradadas y gustan conservar ese sentimiento que han logrado inspirar.

Probablemente tú estás en uno de esos casos. Déjame, yo buscaré y encontraré; estoy seguro de voltear el velo de ilusión que cubre tus ojos.

Manolín había asaltado en otras ocasiones á la joven, pero ella no le había contestado y había huído de él.

Marta sentía haber inspirado un cariño que al parecer era sincero; sentía porque por ningún sentido podía corresponder; ella era libre, pero su corazón se hallaba demasiado impresionado con sus desgracias para poder dar cabida á ningún otro sentimiento. Él había buscado todos los medios de acercarse á ella, pero ella lo evitaba cuidadosamente. Había entre él y ella un imposible, un abismo inabordable.



## CAPÍTULO IX

### Horacio X

Dos meses pasaron; así empezaba el mes de Setiembre cuando un día llegó Hugo y le dijo:

—Vengo á contarte que he estado con Horacio X, y hablándome de que estaba muy enamorado de una muchacha que vá á traer costura á la calle de Alsina, me pidió lo acompañase. Así lo hice, anoche fuimos, y cual no sería mi sorpresa, reconocí á tu Marta en ella, él me aseguró que iban viento en popa sus amores.

Pero yo tuve que hacer y lo dejé parado en la puerta, esperándola que saliera para acompañarla.

Manolín al oír esto, quedó frío.

—No puedo creer lo que me cuentas,—dijo.

—Y ¿por qué?

—Porque siempre he encontrado á esa mujer digna de todo respeto.

—Eres un poco pretencioso Manolín, ¿de

dónde sabes si esa mujer te ha amado nunca y en cambio tal vez quiera á Horacio X?

Esta suposición fué un golpe para el joven; ¿tendría acaso razón Hugo? ¿amaría ella á Horacio?

—¿Sabes lo que me dices? djíjole á su amigo; yo amo con toda mi alma á esa mujer y desearía saber si es verdad lo que me cuentas, si es así trataré de olvidarla, me harías pues un servicio dándome una prueba de lo que me has contado.

—No hay inconveniente, espero hacerlo muy pronto, le contestó Hugo; este temía disgustar á Manolín, pues era una verdadera mina para él; con él iba al teatro y á las diversiones de todo género, á más la bolsa del jóven estaba abierta hasta el punto de que Hugo ya no tenía cuenta de lo que le debía.

Corrió á buscar á Horacio X., este era un buen muchacho, algo alabancioso con respecto á sus conquistas, pero incapaz de cometer una acción indigna, ni levantar una calumnia: era su padre un distinguido abogado y pertenecía á una buena familia. Horacio tenía veinte años y era estudiante de derecho.

Su fisonomía era agradable y hubiese sido un lindo muchacho si las continuadas noches de calaveradas no hubiese marchitado prema-

turamente sus mejillas, sin embargo, sus ojos un tanto lánguidos eran bellos; un fino bigote castaño empezaba á sombrear sus lábios.

Siempre andaba escaso de dinero y corría tras de los que podían prestarlo, pues lo poco que le daban sus padres, solía gastarlo en una noche. Con Hugo y Manolín lo unía una amistad muy superficial causa de la diferencia de edad de los unos y del otro.

Por fin, después de buscarlo en diferentes partes, Hugo lo vió parado á Horacio en lo de Burgos.

—¡Hola Horacio! te buscaba, le dijo.

—Gracias hombre, exclamó éste; vendrás á traerme sin duda los cien pesos que te pedí prestados anteanoche.

—No, hoy no te los traigo pero te los daré más tarde.

—Te agradeceré infinito porque tengo una bolada y los necesito mucho.

—Y á propósito de boladas, ¿cómo te fué la otra noche?

—Mal, hombre, aquella mujer es un demonio, me abofeteó y si continúo un poco más tras ella no sé en lo que hubiese parado aquello.

El rostro de Hugo, expresó verdadera contrariedad.

—Pero tú me asegurastes otra cosa, le dijo.

— Es verdad, porque creía . . . tuve esperanzas, pero me equivoqué redondamente.

— Sabes que á causa tuya me he comprometido formalmente.

— ¡Por causa mía! ¿cómo es eso, exclamó X.?

Hugo entonces le contó lo que le había pasado con Manolín.

— ¡Bah! mándalo á paseo, le dijo Horacio ó sinó dile que yo te lo he contado y que soy el culpable y entonces si quiere algo aquí estoy; y el muchacho arremangó los puños como disponiéndose al combate.

— No; no es eso lo que deseo dijo Hugo, Manolín es un desgraciado que cree en la virtud de ciertas mujeres; yo no creo en nada, y siento verlo tan preso en los lazos que le tienden, quiero que me ayudes á desencatarlo de Marta, á quien ama como un tonto, por otra parte, creo que en nada lo perjudicaremos, pues que sin equivocarme creo que esa mujer no es sino una aventurera.

— Y yo la juzgo de otro modo Hugo, dijo Horacio, estoy seguro que esa mujer es profundamente honrada.

— Sí, pero tú comprendes que es peor; por honrada que sea Manolín no se casará con ella y entonces, ¿á dónde conducen estos amores? á la desesperación del pobre muchacho.

—Oye; dijo de pronto X., que se había quedado pensativo, si me haces el préstamo ofrecido, yo te saco del apuro.

—Acaso no te los he prometido.

—Pues bien, esta noche lo llevas á Manolín y se instalan en una de las puertas que quedan enfrente de la lencería, yo espero á la muchacha y la sigo, ella caminará lijero y talvez me insulte, pero no importa, yo sigo impeterrito á su lado, desde que no le falte no llamará al vigilante ni hará escándalo, yo la hablaré respetuosamente, llegamos á la casa y entro tras ella; porque tu no sabes que yo conozco á esta mujer porque en la misma casa alquila una pieza un viejito que es cobrador de mi padre, algunas veces he ido á verlo y entonces he visto á Marta; así pués, que la coyuntura no puede ser mejor, ustedes van por la vereda de enfrente á la que vayamos nosotros, no pueden oír lo que hablemos, nos ven que vamos juntos, me ven entrar en la casa, ¿qué más pruebas puede querer Manolín de que estoy en relaciones con ella? precisamente el viejo don Juan no sale de noche, y le hago una visita de dos horas, y cansados se van ustedes creyéndome adentro.

—¡Vaya con el canallita!—pensaba Hugo,—pero aceptó con júbilo la oferta de éste.

—Esta noche—le dijo,—tendrás los cien

pesos á las once y media, me esperas en la *Rotisserie* Florida donde te los daré.

Horacio loco de contento pensando en el dinero, se alejó, no sin antes haber estrechado la mano que Hugo le tendía.

Llegó la noche, Hugo se restregaba las manos, creía segura su victoria.

—Mira,—le había dicho á Manolín,—he descubierto que Horacio la espera, sale de la tienda y juntos van hasta la casa de ella, donde ambos entran, anoche he esperado bastante rato y no he visto salir á Horacio, hasta la puerta de la calle se había cerrado, eran más de las once y él no parecía, por lo que supuse que no saldría más esa noche, y me alejé.

Manolín había palidecido, pero no había contestado nada.

—Así, pues,—continuó Hugo;—quiero que tú mismo lo palpés y te propongo la espías una noche.

Manolín cedió, y esa misma noche, la noche del convenio, se decidió hacer la prueba.

Pero Hugo no contaba con una huéspedá formidable, la intemperancia de Horacio, éste que estaba ya saboreando su ganancia, había entrado en una confitería, tenía algunos centavos y se puso á jugar al tute con un italiano, la suerte lo favorecía, y bien pronto

tuvo á su lado más de tres nacionales, se levantó de la mesa y en lugar de ir á comer á su casa, fué á hacerlo en el café Colón, no tomó más que un bife steak, pero en cambio, se sirvió dos botellas de cache-vert; al llegar las ocho de la noche Horacio no tenía muy segura la cabeza, no coordinaba sus ideas, sin embargo se acordó que tenía que ganar cien pesos, pasó junto á los jóvenes que agazapados espían desde la vereda de enfrente; se detuvo á observar la tienda; allí estaba Marta con su hijita.

Horacio tenía esa lucidez del ébrio que no acaba de comprender lo que vá á hacer.

—¡Qué diablo!—decía en voz baja;—¡cien pesos! hace tiempo no tengo dinero, el pillo del vejete de mi padre no me lo dá; pero que hago yo aquí parado... ¡Ah!... ¡vá!... ya sé, tengo que ganar cien pesos... eso es... la espero, sale, la sigo... si eso es... la digo que la adoro, le planto un abrazo y un beso; la cuestión es... que Manolín... valiente sonso... crea que es mi conquista.

Poco después salía Marta, Horacio se le acercó.—¿Cómo está usted, reina mía?—le dijo —ella no contestó, caminaba rápidamente.

--¿Cómo es eso, usted no me escucha? pues yo voy á obligar á usted que lo haga, lo que es

hoy no se vá sin oirme,—y al decir así, abrió los brazos y trató de impedir que ella avanzase un paso más.

—Déjeme usted pasar,—exclamó Marta con enfado.

—No será antes de que yo la haya abrazado mi hermosa,—y al decir así hizo ademán de asirla.

—Si vuelve usted á acercarse á mí,—dijo ella retrocediendo,—lo tiro contra las piedras de la calle.

—¡Já, já!—si conmigo no puedes, mi hija,—exclamó él dando vuelta y tratando de aprisionarla por la espalda, y queriendo besarla en la mejilla.

En ese momento Horacio había olvidado completamente su negocio, la resistencia de Marta y los vapores del vino habían despertado en él sentimientos de conquista.

Ya iba á conseguir su objeto, tenía la sujeta por la cintura y acercaba ya sus labios al cuello de la joven cuando una mano ruda lo tiró contra la pared, mientras que una voz indignada le decía:

—¡Miserable! á tanto te atreves en la calle.

Horacio se volvió:

—¡Calla tú, Manolín!.. ¿Y por qué te enojas? ¿No era esto un convenio?

—¿Qué dices, infame borracho?—gritó el joven apretando con cólera los puños.

—Perdona, si... mira, ya sé no has sido tú, es ese pillo de Hugo; déjame y te diré todo... Me ofreció cien pesos para que te hiciese creer que esta chica era mi novia.

Manuel soltó á Horacio al oír sus palabras, miró en derredor suyo y no encontró á Hugo.

—¡Ah! ¡Qué canalla!—dijo.

—Caballero, agradezco su intervenció, —exclamó Marta alargándole la mano con emoción,—no olvidaré que debo á usted este servicio; si no hubiera sido por usted, no sé hasta donde hubiese ido esta escena.

—Señora, usted nunca ha querido escucharme, pero yo le profeso á usted una verdadera estimación; ahora no he hecho más que cumplir con un deber defendiendo á una señora que se ultraja en medio de la calle; pero si alguna vez usted necesitase de mí, espero tendrá la bondad de ocuparme.

—Gracias, señor; desde este momento considéreme usted como una amiga, y si en algo le puedo ser á mi vez útil, espero se acordará usted de mí, yo no ofrezco á usted mi casa, ni mi amistad porque toda sociedad ha acabado para mí; mi destino es el trabajo y la soledad.

Adiós, pues, señor, no olvidaré nunca cuán

bueno y generoso ha sido usted conmigo.

Y al decir así, extendió de nuevo su mano que Manolín estrechó cariñosamente.

—Espero, señora, que aceptará mis ofrecimientos algún día; esa es la esperanza que me resta.

Ella sonrió y se alejó.

Manuel la siguió largo rato con sus miradas; luego volviéndose á Horacio, que recostado contra la pared y no sabía lo que le pasaba, le dijo:

—Ven.

El joven se dejó conducir maquinalmente; poco después entraban en la confitería del Gas; Manuel pidió café para su compañero.

—Ahora me vas á contar lo que significa lo que acabas de hacer,—le dijo.

Horacio lo miraba estúpidamente.

—Qué quieres,—le dijo,—hace dos noches que lo encontré á Hugo por la calle; yo andaba procurando la conquista de esa mujer, y se lo conté; él quiso verla, y así que la vió me dijo que era tu novia ó que por lo menos tú estabas enamorado de ella; esa noche le pedi prestado dinero, y no sé con qué pretexto me lo negó; hoy á eso de las doce del día, lo ví venir; yo estaba parado en lo de Burgos; me dijo que deseaba quitarte el cariño que tenías á Marta, y que si lo ayudaba me prestaría el

dinero; quise hacerle ese servicio y ganarme esos pesos; por eso hice lo que has visto.

Y Horacio continuó contándole lo que habían proyectado para hacerle creer que la joven era su conquista.

—Pero el maldito vinillo,—agregó,—se me subió á la cabeza, y eso es lo que me trastornó, hasta el punto de no saber lo que hacía.

—Hoy tus vicios te han servido para no cometer una mala acción. Siento en el alma que hayas tenido necesidad de venderte por dinero; el hecho, aunque se hubiese llevado á cabo y el mejor éxito hubiese coronado el plan de ustedes, no tendría mayores resultados; yo hubiese sufrido algo, pero no creería jamás que Marta no fuese la que yo la he creído siempre.

Además, siento no hayas recurrido á mí por ese dinero, pues mi bolsillo está abierto para todos mis amigos.

No te desprecio por la acción que has hecho, porque considero que no has valorado todo lo infame que es.

Y ahora, en prueba de que continúo siendo tu amigo, voy á tener el gusto de prestarte lo que le pedías á Hugo, lo que me devolverás cuando bien puedas.

Y diciendo estas últimas palabras metió la

mano en uno de sus bolsillos, y buscando entre varios billetes, entregó al joven la suma apetecida.

Á Horacio se le habían pasado por completo los vapores de la embriaguez; su rostro se había encendido de vergüenza.

—Mira, Manolín, le dijo, alargándole una mano con timidez; perdóname. Siempre creí que Hugo era un amigo para mí; por prestarle un sevicio, he cometido una infamia; pero te juro que esto me servirá de lección. Yo no he reflexionado lo que iba á hacer; tú pensarás mal de mí, pero te juro que no haré nada de hoy en adelante antes de meditarlo mucho.

Manuel estrechó la mano de Horacio y poco después se retiraban en perfecta amistad: el uno lleno de arrepentimiento y harto avergonzado ante la generosa actitud de su amigo. En cuanto á Hugo, había desaparecido. Sin embargo, Manolín no trató de buscarlo; no le conservaba ni odio ni rencor; no pensaba hablarle ni una palabra del asunto, estaba seguro que él volvería.

Si Hugo se hubiese acercado después de la escena á su amigo, y tratado de disculparse, tal vez éste, dado la noble generosidad de su carácter hubiese olvidado todo; pero ese mis-

terio en la falta, esa huída de Hugo, hacía que Manolín comprendiese cuánta bajeza encerraba el alma del que había sido su amigo.

Ocho días después, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, Hugo apareció en la casa de Manuel.

Este lo recibió con reserva y Hugo trató friamente de disculpar su acción.

—No es necesario, le dijo aquel; ya he comprendido que te ha guiado hácia mí solo la amistad.

Sin embargo, desde ese día notó Hugo que Manolín había cambiado completamente; no procedía con la franqueza de costumbre, y muchas veces Mercedes ostentaba sola sus visitas.

## CAPÍTULO X

### Noticias de Londres

Marta contó á Luisa cuanto le había pasado aquella noche.

—Es usted demasiado hermosa, le dijo ella; así pues, no es extraño que ese joven ame á usted tiernamente, porque, ¿quién que conozca á Vd. no se sentirá atraído por una irresistible simpatía; y al decir esto Luisa lo sentía: amaba verdaderamente á Marta. Su placer era aliviarla en todo; habíale exigido comiesen juntas y no quería que Marta le pagase el alquiler de su pieza; pero la joven contribuía y ponía en manos de ella toda su ganancia, evitándose de este modo la preocupaci6n de los quehaceres domésticos.

La anciana se había dedicado á cuidar y querer á Adriana. Todos sus ahorros los empleaba en ella; la sacaba á pasear, y su mayor placer era hacer creer á las gentes que aque-

lla preciosa niña era hija suya, habiendo quien se sorprendiese al oirla, pues aunque la señora Luisa no tenía más que cincuenta años, pero la soledad y los pesares habían ajado su rostro y representaba mucho más.

Una tarde golpearon la puerta y la señora Luisa presentó á Marta una carta cubierta de sellos que venía dirigida á ella.

Marta no se atrevió á abrirla; su corazón palpitaba y sus manos temblaban; la carta traía sellos de Londres.

Lea-usted, dijo á Luisa; ésta se apresuró á abrirla, pero la carta estaba en inglés. Con febril impaciencia tomóla de nuevo de manos de su amiga y la leyó mentalmente.

Al acabar de leerla sus brazos enlazaron estrechamente á la pobre vieja, que no volvía de su asombro.

—Luisa, mi querida Luisa, ¡qué felices vamos á ser! ¡Cuarenta mil libras en oro y á orden de pago en el Banco de Londres y Río de la Plata! ¡Dios mío, qué fortuna! Bien decía yo que Dios se apiadaría de mí. No tengo más que presentar mis papeles, la fé de casada y la partida de bautismo de mi hija, afortunadamente Wuillans, como buen inglés, todo lo tenía en orden, y es lo único que he conservado á pesar de todas mis desgracias.

Luisa no comprendía del todo, pero Marta le explicó. La carta era de Londres, traía la firma de un secretario de lord D. . . . Expresaba en ella el pesar de la situación de su nuera, le recordaba lo que debía al nombre de su esposo y al mismo tiempo aseguraba su vida con cuarenta mil libras que debía cobrar cuando probase sus derechos como esposa y madre.

Dos meses más tarde y en pleno verano, Marta ya en posesión de sus rentas, entraba á habitar una linda casa de altos en la calle de la Victoria, no era una gran casa pero sí lo bastante cómoda para ellas; no quería mayor servicio, así pues, llevó consigo á Luisa que no encontró inconveniente en seguirla gracias al atractivo de Adriana.

Una cocinera y una mucama era todo el personal de servicio con que montó su casa.

Entonces recién pudo notarse cuanto había debido sufrir aquella mujer fina y elegante por naturaleza y principios, que encontraba necesarias las mil pequeñeces de la buena vida. En todas las minuciosidades, desde la sala hasta la cocina, se respiraba el perfume de una mujer distinguida y aristocrática.

El más esquisito gusto lo adornaba todo, si bien no se excedía en lujo porque tampoco su renta no le permitía.

---

Se comprendía que aquella cabeza ideal de profusos rizos había nacido para ser reproducida por los espejos de Venecia y erguirse entre los bouquest de flores perfumadas.

Hacia seis meses que Manolín no había sabido nada de ella, la casa de la anciana se había vendido y Marta con ella había desaparecido.



## CAPÍTULO XI

### Jueves Santo

Llegó el Jueves Santo, la noche se presentaba fría pero la luna espléndida alumbraba con toda la pureza con que ilumina en las noches de Abril; una multitud de gente invadía las iglesias, en hilera los hombres esperaban la salida de las devotas, había toda la escala social entre ellos y ellas, desde la mujer del pueblo bajo hasta la elegante dama de las buenas casas.

Marta, acompañada de Luisa y la instancia de ésta, se decidió á ir á las iglesias; vestía un rico traje negro de riguroso luto, su gorra de crespón era elegante, la niña también iba bien vestida con un trajecito de felpa oscura.

En el traje de Luisa aunque más humilde se notaba también el bienestar.

Descendieron del carruaje y fueron á ocupar un asiento en un banco de la Catedral.

Marta estaba cien veces más linda que antes, el bienestar y el buen traje hacían resaltar todas las perfecciones que poseía.

Los hombres no podían menos de admirarla y las mujeres volvían el rostro y la seguían con la vista.

Sin embargo, Marta era la misma mujer de rostro dulce y triste, no estaba demacrada pero sus párpados oscuros velaban lánguidamente sus azules ojos y la sonrisa de su boca espresaba melancolía, si bien así mismo era irresistible.

Marta era muy creyente, pero pertenecía á la iglesia griega, era ese el motivo por el que ella no seguía los ritos de la iglesia católica, en cambio Luisa era muy religiosa y seguía todos los preceptos del catolicismo; así, pues, que mientras Luisa rezaba fervorosamente ella miraba el enjambre de gente que entraba y salía; al cabo de una hora se sintió mareada. El mundo es aquí como en todas partes, se dijo tristemente; había visto mujeres hermosas y feas, elegantes y humildes, rostros pálidos, enfermos y miserables; fisonomías llenas de vida y felicidad.

—¡Dios mio!—murmuró—siempre el contraste, ¿por qué no reinará la igualdad?

Marta era por corazón socialista, esa idea

grande que jamás se verá realizada porque el hombre posee el gérmen en su corazón de dominación y egoísmo.

Comprendía que aquellas gentes no iban á la iglesia á rezar, al menos en aquella noche; unas iban con la idea de lucir sus trajes y bellezas y las de más humilde condición que no poseían ni lo uno ni lo otro, miraban, criticaban y tal vez envidiaban á los privilegiados por la Naturaleza y la fortuna. Todos buscaban algo ¿qué cosa? eso no lo sabía Marta; pero estaba segura que ninguna de aquellas gentes, en aquella noche, tenían ideas de misticismo.

Y sin embargo, ella ante ese mundo, ante esa oleada de pasiones cerró los ojos y elevó su espíritu á Dios.

Señor, ya que la felicidad no puede existir en la tierra, gracias una y mil veces que formastes el corazón del hombre capaz de sentir la inmensa ternura que inunda mi alma en este momento; te amo, Dios mío, con todas las fibras de mi pobre ser; tú lo formaste y es tu obra y, Dios mío, yo soy tuya por el inmenso amor que me domina y más aún porque fui por tí creada. Así rezaba ella incapaz de murmurar una oración estudiada y en la creencia de que el mundo entero era un templo y que en todas partes estaba Dios.

Poco después salían bajando las gradas de la puerta lateral.

De pronto Marta vió un joven de rostro simpático que la miraba con anhelo, era Manolín, ella lo reconoció, sonrióle con cariño y lo saludó; éste contestó á su saludo; pero quedó asombrado; era ella, la veía y sin embargo no podía dar crédito á sus ojos.

Marta, aquella humilde mujer, era una elegante señora; iba con su hija y Luisa; pero el cambio era extraordinario. Ella bajó las gradas y pasó rozando su brazo; él inmediatamente la siguió: así fué que cuando el joven llegó á la vereda vióla subir en un elegante cupé y alejarse; él quedó como el que acaba de ver una grata visión que ha desaparecido sin dejar huellas y sin embargo conocía él á esa mujer; la había visto algunas veces, pero no sabía su historia y siempre Marta continuaba siendo un enigma. Aquel cambio era extraordinario.

Sintió apretar la angustia en su corazón; ¿por qué—se dijo—ese lujo? una sombra de desconfianza invadió su alma, pero la desechó como un crimen.

—No, no—se dijo—primero dudaría de Dios que de ella; pero así mismo sintió un horrible malestar.

Él no la había olvidado, habíala buscado en

todas partes y cansado de sus inútiles pesquisas, se había abandonado á una tristeza y abatimiento profundo que ni las caricias de su madre ni el inmenso amor que le demostraba Laura habían podido desterrar.

Hacía largo tiempo que Manolín no iba á ninguna parte; pasaba los días leyendo ó escribiendo y sumido en sus pensamientos.



## CAPÍTULO XII

Recibo en casa de la señora de L.

Con estos tristes pensamientos vivió por espacio de quince días.

Era un jueves y volvía cansado del teatro; se dirigía á su casa cuando al pasar por el zaguán de la señora de L. oyó música y vió iluminada la casa.

—Y es verdad—se dijo—hoy reciben aquí, voy á entrar; estaba de frac. No tuvo, pues, inconveniente alguno.

Eran algo vecinos, pues el joven vivía dos cuadras más afuera.

La señora L. era íntima amiga de Mercedes.

En casa de la señora de L. se recibía cada quince días y la mejor sociedad poblaba sus salones, si bien, como la reunión solía durar hasta más de las tres de la mañana, aflúa la gente después de terminada la función en Colón.

Componíase la familia de L. de un matrimonio solo; eran jóvenes todavía: él tenía unos cuarenta años y ella pasaba de los treinta. Hacía doce años que estaban casados, no se podía saber si se amaban todavía porque ellos no lo demostraban como tampoco podía decirse que se aborrecían porque nunca habían dado indicios de ello.

Ella no era linda ni hermosa, pero sí muy llena de pretensiones.

Llamábase Gertrudis y no queriendo llevar un nombre, según ella espantoso, se hacía llamar Alda, porque sumamente romántica, decía que le daba crispaduras de nervios oírse llamar con su nombre de pila y había buscado ese nombre para ella sonoro y armonioso.

Vivía siempre medio desmelenada, sus ojos que no eran grandes procuraba darles un aspecto lánguido y vagoroso. Envuelta siempre en chales, tules y llena de joyas recostábase en un sofá forrado de terciopelo granate, desde donde con los aires de una princesa doliente recibía á sus amigos.

Estos disculpaban todas sus ridiculeces porque en el fondo Gertrudis era una buena mujer, incapaz de hacer mal á nadie, luego su casa era muy comfortable; generalmente se cenaba fuerte y el buffet estaba muy bien servido.

El señor L. era un buen hombre, no tan ridículo como su esposa, però no del todo exento del mismo mal; dábale por la literatura y vivía emborronando papel; eran bastantes ricos.

Poseían establecimientos de campo en las provincias y casas en Buenos Aires; á pesar de las ridiculeces de ambos cónyuges eran apreciados sinceramente porque sus carruajes y sus palcos más eran de sus amigos que suyos, mientras que en su casa vivían mucha gente á su costa.

Manolín entró y fué derecho á saludar á Gertrudis que, recostada perezosamente con sus cabellos destrenzados, hablaba lánguidamente con un joven que le sostenía: que ella tenía todo el aspecto de un cuadro de Diana de Portiers.

—¡Ah! ¡Querido Manolín! por mi casa... ¿de dónde sales?... ¡Qué felicidad!

—¡Interesante Alda! no he podido pasar más tiempo sin el gusto de saludarte, hace algún tiempo que no te veo y precisamente era ya una necesidad para mí.

—Tan seductor este pillo,—dijo ella cariñosamente estrechando su mano.—No me engañes, es verdad eso.

—¿Pero acaso tú no me conoces? me parece que somos amigos desde niños; bien sabes que

soy muy franco, entre mis defectos, poseo esa única cualidad.

Gertrudis lo miraba cariñosamente.

—Eres el muchacho más simpático que conozco,—le dijo,—aunque se ofenda el que guste, no hay otro al menos para mi gusto en todo Buenos Aires que se parezca á tí.

—Son apreciaciones de una buena amiga á quien quiero y respeto como á una hermana querida;—le contestó con cariño Manolín y no mentía, quería á Gertrudis sinceramente y hasta sentía el verla tan ridícula.

Poco después Manolín se alejaba dejando en poder de sus admiradores ó aduladores á Gertrudis; recostado en el quicio de una puerta, veía ir y venir las parejas y la música sonaba candenciosamente, todos eran sus amigos ó conocidos, al pasar cada una le dirigía una palabra ó una sonrisa, el tema de todas las conversaciones era la desaparición del joven de los círculos sociales, se le miraba como si recién llegase de un largo viaje; y había quien le preguntaba cuales eran las impresiones de la soledad, si las tenía escritas, algunas señoritas y jóvenes lo tenían rodeado, mil chistes y frases espirituales se sucedían, él se defendía, pero no le daban tiempo; por fin, lo dejaron ya; se creía libre, cuando al volver los ojos se vió

ante una gruesa señora, era una formidable mamá que tenía dos hijas, á quien una después de otra, por pasar el rato, había festejado Manolín.

—¡Qué es eso! ¿De dónde sale usted Manuel?—le dijo ella media risueña pero con cierto tonillo ágrio.

—¡Ah! ¡Dios mío!—se dijo Manolín,—que desagradable encuentro.

—Hace lo menos seis meses que no vemos á usted en ninguna parte,—continuó ella,—usted sabe muy bien que recibimos los miércoles y no vá usted á nuestra casa.

—Señora, me alegro encontrar á usted para poder disculparme; hace algún tiempo mis ocupaciones me privan del placer de la sociedad, he recibido sus invitaciones.

Espero tener el gusto de hacer uso de ellas dentro de pocas noches, si antes no lo he hecho; reciba ustedes mis excusas y mi sincero arrepentimiento.

La gruesa señora rió un momento con placer porque creía haber ganado un futuro yerno, y luego cesando su hilaridad, dijo:

—Me hace gracia sus disculpas, las muchachas están furiosas con usted, ahí andan y es preciso que las disculpas sean con ellas y no conmigo.

—Ahora, señora, si usted me lo permite tendré el placer de bailar con ellas y entonces solicitaré el perdón de mis faltas.

—No, es en balde dijo la obesa dama, lo que es ellas no lo van á perdonar, saben perfectamente el porque de la retirada de usted de todas partes; no les dé usted el frívolo pretesto que á mí, cuénteles la verdad y al decir esto la vieja sonreía maliciosamente.

—Que verdad señora, murmuró intrigado Manolín.

—¡Cómo hace que lo ignora!—pero todo se sabe amigo mio; sabemos que su primita Laura ha venido de Europa á cumplir un compromiso de largo tiempo contraído.

—¡Já! ¡já! que bueno, que enterada está usted, exclamó Manolín riendo á carcajadas.

Si mi pobre prima espera casarse conmigo ya la pueden enterrar con palma.

—¿Pero entonces eso no es verdad?

—No señora, la han engañado á usted; quiero á Laura como á una hermana y en obsequio de ella debo desmentir esos rumores que pueden perjudicarla, pues que si gustan de ella no se atreverán á demostrárselo creyéndola comprometida conmigo.

En el rostro de la señora se notó una gran satisfacción, no estaba segura de lo que ha-

bía dicho pero quería convencerse de la verdad.

—Lo creo sin dificultad le dijo y para que borre usted completamente esos rumores es necesario que vaya á visitarnos, ya sabe usted cuánto lo aprecian mi esposo y mis hijas, sobre todo Ida que no olvida á usted, y diciendo así, alargó una mano á Manuel.

Adiós, amigo mío, no olvide mi pedido de ir á visitarnos.

Él estrechó la mano de la mamá y mientras ésta se alejaba, murmuró para sí:

—Ni el polvo me verás, te ha dado por endosarme á tu Ida que es bastante fea; pero no lo conseguirás porque no me verás en tu casa.

El joven quedó pensativo; fijaba su mirada vaga por el salón cuando de repente sintió posarse una mano en su hombro.

—¡Hola, Manolín!—dijo al mismo tiempo una voz.

Él se volvió.

—¿Qué es eso? ¿tú aquí?—exclamó con alegría—¿y desde cuándo?

—¿No lo has sabido? pues he hecho el viaje con Laura, tu prima, que según me aseguraba nunca ha querido á nadie como á tí.

—No es extraño; nos hemos criado juntos

como hermanos; yo también le profeso un cariño inmenso.

—¡Que entusiasmo! Vaya, te felicito, es una criatura incomparable.

—Comprendo que crees nos une algo más que una amistad; pero te equivocas. Nos queremos como hermanos y nada más y aún te puedo asegurar que amo á otra mujer y á ella creo le pasa otro tanto.

—¿Y quién es esa incógnita?—exclamó.

—Es un misterio, querido N., nadie lo sabe ni lo sabrá, así, pues, permíteme no decírtelo; pero volviendo á tí, cuéntame ¿cómo te ha ido? y perdóname que no haya tenido noticia de tu llegada y no haya cumplido contigo haciéndote saludar; pero hace tres meses que no salgo de mi casa, no he recibido á un amigo, ni he abierto un diario, así, pues, estoy lo más atrasado de noticias.

N. era un joven como de treinta años, de distinguido porte y fisonomía inteligente; alta y noble era su frente y sus negros ojos eran expresivos; un negro bigote se enroscaba sobre sus labios; de regular estatura y movimientos vivos: era ya una notabilidad y prometía mucho más; figuraba en la política donde ocupaba un buen puesto; su familia no era conocida, pero él se había hecho lugar en la vida social

mediante la caballerosidad que le caracterizaba; indudablemente era un buen muchacho en todos sentidos.

—Me ha ido muy mal—le dijo á su amigo —he vuelto á mi tierra porque me ha hastiado París y toda Europa; tres años allá han sido lo bastante para que crea que por malo que sea el país donde se ha nacido no hay otro más encantador en el mundo; allí han quedado los recuerdos y todas las ilusiones de la primera edad; se desea volver porque se cree volver á aquellos tiempos, no es más que una ilusión; pero últimamente, el hombre no vive sinó bajo la impresión de ellas y cuando se han perdido todas las esperanzas entonces se considera desgraciado.

Largo rato hablaron los dos amigos. N. se había retirado y Manolín aún permanecía en el mismo sitio; veía ir y venir al señor L. con su tupé sobre la frente, el pobre hombre hacía lo posible por atender y obsequiar á sus convidados.

Pero de repente Manolín quedó parado; una señora acababa de entrar del comedor dando el brazo al dueño de la casa, el que la sentó al lado de Gertrudis quien se había vuelto obsequiosamente hácia ella; vestía un elegante traje de blondas negras con pasamanerías de cuen-

tas; sus cabellos, peinados sencillamente, se enroscaban sobre su cabeza; pero aquella mujer con ese traje tan sencillo era irresistible; su cuello largo y de forma irreprochable parecía nacer de entre la bruma de los negros encajes; sus azulados ojos sonreían mientras ella hablaba. Manolín, en sociedad, nunca había visto una mujer más hermosa; pronto un círculo la rodeó y el joven sintiendo un arrebato de celos corrió á acercarse á ella, pues indudablemente se habrá adivinado que no era otra sinó Marta. Manolín se puso ante la joven y la miró con ternura; ella fijó en él sus miradas y sonriente le alargó una mano. Sin embargo, él tuvo el bastante talento de no demostrarle su asombro por verla en ese sitio.

—¿Conoces á mi querida Marta?—le preguntó Gertrudis.

—Sí; hace algún tiempo que tengo ese gusto.

—Entonces sabrás que es vecina mia y que nos hemos hecho muy amigas.

—Es verdad — dijo Marta.

—Es un verdadero hallazgo Manolín, pues como ella vive en los altos todos los días la visito; es medio remolona para venir á mis jueves pero yo la obligo y hasta que no viene no bajo. Figúrate, una señora de tanta fortuna como ella no sale, no vá á ninguna parte ¡eso es

un disparate! pero mientras yo pueda no la he de dejar sumida en esa soledad.

Marta sonreía.

— Amiga, mia, he sido muy desgraciada desde el día que perdí á mi esposo y entonces juré que nunca, sean cuales fuesen las circunstancias de mi vida, no olvidaría los días de pena que había llevado entonces; también juré que me escondería y no volvería á poner ya mis piés en ninguna reunión ni en parte alguna donde se reuniesen gentes felices. Esto decía ella, más dirigiéndose á Manolín, que á su amiga.

— ¡Que disparate! — dijo ésta — usted á enviudado. Cuantas señoras enviudan y quedan sin fortuna y con más contrariedades que usted, y sin embargo no se encierran porque la vida es corta y la juventud pasa...

Marta se había ruborizado.

— Por peores circunstancias que yo, había murmurado y había fijado una expresiva mirada en el joven.

Este bajó la cabeza. Todo lo había comprendido.

— Señora, — le dijo — ¿ gusta usted acompañarme al comedor?

Marta aceptó el brazo que le ofrecía. Deseaba hablar con él y vindicarse; tenía vergüenza

de que él la viese allí después de haberla conocido tan desgraciada.

Poco después se sentaban en un sofá á la entrada de un pasadizo.

—Usted estrañará encontrarme aquí,—le preguntó.

—Nó, ¿por qué?

—Porque usted me ha visto en circunstancias tan extraordinarias.

—Es verdad señora, he visto á usted bajo faces que nunca hubiese creído podría verse á nadie en la vida real, pero usted sabe muy bien que en todas ellas le he profesado una simpatía sin límites; entonces le dije á usted que la amaba hoy se lo vuelvo á decir, amo á usted, Marta, con toda mi alma; hace tres meses que me he encerrado herméticamente en mi casa, que he dado orden á mis criados que no reciban visita alguna porque la sociedad me hastiaba, porque no encontraba sitio donde poder encontrar algún placer...

Hoy creo no se ofenderá usted de oirme; Marta, yo no sé nada de su vida pasada, yo no la conozco, pero he vislumbrado todo el tesoro de grandeza y sentimiento de su alma en aquellas circunstancias más malas de su vida; si usted me hubiese escuchado yo le hubiese dicho: no quiero saber nada de su pasado, se-

bueno ó malo, quiere usted sacrificarse amándose un poco y hubiese ofrecido á usted mi nombre y mi fortuna; hoy vuelvo á decirlo lo mismo, ¿me querrá usted un poco?

Ella estaba conmovida, dirigióle una mirada cariñosa.

— Usted no me ha ofendido nunca, usted ha sido para mi una providencia; no olvido que á la generosidad suya salí de aquel abismo donde me arrastraba, después de aquel domingo, gracias á lo que usted me mandó, no tuve más necesidad de cantar por las calles; pero apesar de toda la amistad que profeso á usted es necesario que trate de olvidarme, que no vea en mí sinó una amiga y nada más, hay circunstancias que hacen que todo haya acabado para mí, he amado á un solo hombre en el mundo y lo amo aún con toda mi alma, su recuerdo acabará por matarme; y al decir así Marta inclinó la cabeza y sollozó.

¿Quiere usted oirme un instante? escuche pues mi historia.

Y, procurando abreviarla, ella contó lo que ya sabemos al joven.

Usted vé, — dijo acabando — que yo no puedo ni debo amar á usted, porque mi corazón está enfermo y aún conserva entera la imagen del único hombre á quien he debido amar.

Manolín la escuchaba; una profunda tristeza lo dominaba.

—¡Perdida toda esperanza!— Marta, es usted muy cruel porque de ese modo cierra usted las puertas á mi felicidad.

—Porque en mí sería un crimen amar á usted, porque yo debo ahogar todos los sentimientos que traten de nacer en mi alma, porque para el mundo yo he muerto, porque todo ha acabado para mí.

El no la oía ya; sus miradas se perdían por entre los vidrios de una galería que se encontraba en frente y pensaba:—El tiempo todo lo calma, esta mujer tiene aún sangrienta la herida que han abierto en su corazón los infortunios, quién sabe si mañana estará dispuesta á escucharme.

—De cualquier modo—le dijo ahogando su pena—no digo á usted que trataré de olvidar-la porque no me será ya posible, pero esperaré.

Ella le rogó la llevase al lado de Gertrudis, y así lo hizo; poco después se alejaba de la casa Manolín, sombría tristeza invadía su alma, veía perdido todo y la amaba cada día más; Manolín tenía demasiado talento, no trataba de perseguirla porque sabía que era en balde y temía perder su confianza, así pues dejaba que el tiempo decidiese su causa; desde que conocía

su historia no dudó un instante en ofrecerla su nombre y hacerla su esposa; aquella mujer no podía haber mentido, había un sello de verdad en todas sus palabras á más él la conocía lo bastante para no dudar.



## CAPÍTULO XIII

Lord... Wuillans

Así pasó dos meses; algunas veces encontraba Manolín á Marta en lo de Gertrudis.

Pero ella siempre le decía lo mismo.

—Olvídeme, yo soy un imposible para usted.

Un día, dos meses después del encuentro en lo de la señora L. dormía Manolín profundamente, pues, eran las nueve de la mañana cuando sintió que lo despertaban.

Abrió perezosamente los ojos y se encontró con Horacio X. que desde aquella noche se habían hecho muy camaradas.

—¡Cómo, las diez y todavía durmiendo!

—Bah, y ¿á qué horas te imaginas que me levanto yo?

—Pero hombre, ¿no vas al lunch que dá en su Yac, Sir de.....

—No; no estoy invitado, ya sabes que hace

tiempo que no voy á ninguna parte y las gentes empiezan á olvidarse de mí.

—¿Quieres venir conmigo?

—Y..... será algo que prometa.

—Ya lo creo, figúrate que están invitados los de.....—y Horacio dió una larga lista de las personas que formaban los convidados.

—Manolín hizo un gesto de desagrado,—siempre las mismas caras,—exclamó con fastidio.

—Y si no es la misma gente, luego se dice que ha sido un velorio y que no había gente distinguida; decididamente no voy, prefiero dormir un rato más,—y el joven se dió vuelta hácia la pared.

—Te pisas Manolín, pierdes una verdadera bolada, no se vá al lunch de Sir de... por la concurrencia sinó por el, figúrate, hijo de lord, el tipo más hermoso que he visto en mi vida, con un rostro pálido y triste, lord Wuillans es un lindo hombre, y luego dicen que ha sufrido mucho, que es muy desgraciado, y tan amable...

Manolín se había sentado en su lecho y se empezaba á vestir.

—Voy contigo,—le había dicho á su amigo, --los hombres de esa naturaleza me impresionan.

La verdad es que Manolín había sentido un

presentimiento inexplicable al oír nombrar á Lord Wuillans.

Poco después tomaban el vaporcito con algunas otras personas en el muelle, y se dirigían al Yac, no tardando en vislumbrar sus gallardas formas que se erguían sobre las aguas; el buque estaba de gala; el pabellón inglés flameaba al impulso de una suave brisa; veíanse algunas señoras y niñas que se paseaban sobre cubierta; nada más lindo que aquel monono barco, todo era limpio, todo relucía, se notaba la fortuna y el gusto de su dueño; un toldo de listas rojas y blancas prestaba sombra á su cubierta.

Más lejos se veían las costas perderse en la bruma, y los rayos del sol hacían chispear las mil facetas de las ondas; las carcajadas, las conversaciones se sucedían, y de cuando en cuando los camareros pasaban con bandejas llenas de oporto, *lágrima cristi* ó curaçao.

Las doce dieron en la campana de á bordo y todo el mundo corrió á ocupar las mesas donde se servía el lunch, que bien podría llamarse almuerzo.

Una figura imponente aparecía en la entrada del comedor, y fué recibiendo y cumplimentando á los convidados.

Era un hombre que podría tener algo más

de treinta años; alto, ni grueso ni delgado, pero de irreprochable apostura, su frente alta, y un si es ó no pelada en sus extremos, poseía una gran serenidad; sus cabellos eran castaños, lo mismo que la corta barba que sombreaba su cara y sobre la que caían sus largos y rizados bigotes; sus ojos eran grandes, pardos, de mirar suave, pero avasallador, y por fin, su nariz un tanto aguileña, prestaba á ese rostro una expresión de gran energía; debía ser dominante en sus pasiones y deseos, pero la educación y un esfuerzo sobre sí mismo suavizaban estos sentimientos; pero entonces en su rostro se leía un algo de melancolía como si un gran pesar minara su vida.

Manolín creyó encontrar en aquella hermosa cabeza una rara semejanza con Marta.

Poco después se sentaban todos á la mesa; la conversación se hizo general, pero la voz simpática de Sir Wuillans sobresalía á todas, no por la intensidad de su sonido, sinó por el acento persuasivo y sonoro; las gentes poco á poco fueron callando, y solo él quedó con la palabra; entonces es que pudo oír Manolín, que se hallaba á un extremo del que hablaba.

—Sí,—decía él,—hoy soy Lord á causa de la desgraciada muerte de mi hermano mayor; pero qué quieren ustedes, señores, yo soy so-

cialista, amo el pueblo como á hermano, y con gusto sacrificaría cuanto soy y cuanto poseo, por su bien.

Subiré á las Cámaras de los Lores, pero siempre cual un apóstol defenderé la clase obrera, que en Londres como en ninguna otra parte necesita el apoyo constante del Estado.

Hace tres años que no veo á mi padre, é indudablemente debe creerme sepultado bajo las olas, pues cuando mi goleta *Marta* se hundió en el Atlántico, se me dió por muerto; sin embargo, dos meses luchamos perdidos en las aguas del gran Océano en una lancha, á media ración de agua y galleta; el contramaestre de á bordo, un marinero y yo; un buque holandés algo contrabandista nos recogió milagrosamente cerca de las costas de Africa; yo le ofrecí una gran paga si me conducía á Francia, así lo hizo; allí supe que se me daba por muerto, pero no traté de desengañar á mi padre que nunca me había demostrado afección alguna; mandé á los astilleros del Havre armar este Yac y escribí á Montevideo donde estaba mi esposa, pero no recibí contestación alguna; volví á escribir, y entonces se me dijo que mi esposa y mi hija habían desaparecido; conocía á la mujer que llevaba mi nombre, hija de una de las más nobles familias de la Grecia, y no

dudé de ella ni un instante; vine á Montevideo, y no la encontré; van á hacer dos años que la busco por todas partes y no la encuentro: y Lord... Wuillans quedó pensativo al decir estas palabras.

Algunos trataron de consolarlo; otros aseguráronle que encontraría indudablemente á Lady... ofreciéndose muchos á ayudarle en sus pesquisas.

Manolín no dijo nada, pero él sabía ya á qué atenerse; ese era el hombre á quien tanto amaba Marta, y comprendió el amor que ella sentía por Lord pues no podía encontrarse otra figura más noble y hermosa que la de aquel hombre.

Hacia algún tiempo que al pensar en ella la veía como una cosa perdida y lejana, como un lindo sueño que no se podía realizar y que había que olvidar; así, pues, y mientras los visitantes del Yach hacían música y hablaban en el salón de lectura, él se acercó á Lord Wuillans que rodeado de algunos personajes, de la alta política, departían sobre el porvenir de los pueblos y el movimiento de las naciones.

—Lord,—le dijo,—vengo á interrumpir á usted un instante, pero quisiera hablar un momento á solas con usted.

Lord Wuillans se volvió hácia él, y lo exa-

minó un momento; parecía agradecerle el simpático aspecto del joven.

—Estoy á las órdenes de usted,—le dijo con finura y al mismo tiempo se alejó del grupo unos pasos.

—He oído á usted hablar de su esposa en la mesa, y como yo tengo el honor de conocerla, vengo á darle noticias de ella.

El rostro del inglés se iluminó como un relámpago.

—¿Qué me dice usted, caballero?—exclamó impetuosamente;—¿dónde está? ¿Qué ha sido de ella?

Entonces Manolín lo llevó más lejos y allí le contó circunstanciadamente, sin omitir cuanto le había pasado con Marta, la historia que ella le había contado en casa de la señora L. Lord Wuillans había palidecido, y conmoviéndose, según los párrafos del relato á veces como una ráfaga de enojo había coloreado su frente, pero luego había pasado.

En cuanto acabó el joven, Lord Wuillans estrechó su mano.

—Es usted un caballero,—le dijo,—y sobre todo posee usted un noble corazón, venga usted; y en seguida dirigiéndose á sus convidados les dijo: señores, dejo á ustedes en su casa; mi segundo hará mis veces; un asunto ur-

gente me llama á tierra, y creo no volveré ya hoy.

Y diciendo así, saltó en el vaporeito.

—Me va usted á llevar donde está ella;— le había dicho Lord Wuillans.

Una hora más tarde, Manolín llamaba en el timbre de la casa de Marta.

La impaciencia de Wuillans era inmensa; de dos en dos escalones subió la escalera, y esperó en el vestíbulo; tras él subía Manolín.

Una criada apareció y corrió á avisar á su señora que dos señores deseaban verla con urgencia; Marta se hallaba iluminando una estampa; quedó suspensa un momento, se dirigió al salón y abrió la puerta.

—¡Wuillans! ¡Wuillans!—gritó con desgarrador acento, y cayó en brazos de Lord que la estrechaba sollozando.

Luisa que vino á los gritos de Marta, quedó suspensa ante la vista de aquel caballero que abrazaba y llenaba de caricias el rostro pálido de la joven.

No tardó Marta en volver en sí; entonces no se cansaba de mirar á Wuillans; las preguntas se sucedían las unas á las otras, mientras Adriana sentada sobre una rodilla de él y Marta en la otra se confundían en mil caricias; y á todo esto Manolín detrás contemplaba el

grupo con extraña expresión, pero Lord Wui-llans no lo había olvidado.

—Amigo mío, le dijo con cariño,—no olvidaré que debo á usted la felicidad de toda mi vida, siento que sea usted desgraciado, y no poder compartir con usted mi dicha; pero en el mundo no existen dos Martas, y amo demasiado la mía.

---





## EPÍLOGO

Un mes más tarde, en el Yach de Lord Wuillans, se volvía á dar otra fiesta; entonces era un espléndido Picnick, y su señora Lady Marta lo presidía; los esposos se despedían de sus amigos de América.

El padre de Lord Wuillans les había escrito, sabiendo que vivía su hijo, que fuesen á habitar su palacio de Londres, ansiando llegase el momento de poder estrechar entre sus brazos al único hijo que le quedaba, y á su nuera que se había hecho acreedora por sus desgracias á un gran cariño.

Marta era completamente feliz; no hubo nadie que no se sintiese atraído por la espléndida belleza de la griega, y por la distinción y amabilidad con que obsequió á sus invitados; los más alegres de estos eran Gertrudis y su esposo; á ella la hacía feliz la dicha de su amiga. Sin embargo, no descuidaba sus intereses.

—¡Quién nos hubiera dicho, Gertrudis, que nuestra amiga Marta, era una gran dama de la aristocracia europea!—se acercó á decirle su

esposo;—pero ella no lo había oído; la había llamado por su nombre, y eso la había puesto ciega de despecho.

—Cuando no serás un bárbaro,—le dijo con desdén;—te ha dado por llamarme con ese nombre atróz que aborrezco, nombre de sirvienta; Alda soy y Alda moriré.

El señor L. se mordió los labios y se alejó, temiendo se hiciese transcendental la discusión.

Dos días después Manolín volvía de Montevideo, hasta donde había ido en el Yach, acompañando á sus amigos; es ocioso decir que Luisa también iba con ellos.

.....  
Qué fué de Manolín? un año más tarde, si bien sin olvidar á Marta, se casaba con Laura quien le había demostrado un verdadero afecto, coronando de este modo los deseos de su buena madre; él encontró en su esposa todas aquellas cualidades que tanto había admirado en Lady Marta.

Hugo tuvo un fatal duelo, en el que murió: N. llegó á los más altos grados de la política, apreciado de todos. Horacio fué un distinguido abogado y olvidó completamente su vida borrascosa. La señora y el señor L., continuaron llevando la misma vida; hicieron un viaje á

---

Europa, y Gertrudis escribía á Laura contando la grandeza y el esplendor de la casa de Lady y Lord Wuillians.

Y por fin, todos los héroes buenos de esta novela consiguieron una felicidad naturalmente relativa en un mundo donde nadie es completamente feliz.

Gastón de Norwege.





NEUEWIED

---



## NEUEWIED

---

De mis ansias, tormentos y querellas  
Es este libro humilde panteón,  
Al hojear sus páginas en ellas  
Aún sentiréis latir mi corazón.

---

Hechicera canción cantaba un día  
La hechicera canción acabó ya  
Helóse el corazón que ella encendía  
Y cuando el nido maternal se enfría  
El pájaro se vá.

HENRI HEINE.

¿Qué se hicieron de tus muros y tus torres  
antiguo Alcázar de mis ante pasados? el puente  
elevadizo lo volteó el tiempo y las edades.

Pero en medio de tus ruínas aún levantas  
tu caduca y altiva frente, semejante al pelado  
cráneo de un espectro, donde refleja su pálida  
luz la luna, como un emblema de la eternidad  
del tiempo.

¿Neuwied? ¿Neuwied?  
¿Te volveré á ver?

Aún recuerdo aquellos días que desde el antiguo torreón contemplaba las ondas del sagrado Rhin y veía perderse en lontananza las torres de las ciudades, levantando en mi corazón un eco dulce la sonora melodía del pastor que se perdía en el oscuro fondo de los valles seguido de su rebaño.

Pasajes risueños llenos de vida y luz, oscuros bosques sombríos y tristes, cascadas espumosas y desbordantes, mansos arroyos de tranquilas aguas.

Ruisdael soñó con vosotros, mientras su mano sostenía el pincel.

Aún veo entre la bruma del recuerdo tu cielo pardo y brumoso; tus campos desolados por los aquilones del invierno, tus cascadas heladas y tus llanuras convertidas en mares de hielo, y cual arboladuras de buques en invierno extienden sus secas ramas los pinos y los acebos.

Neuewied, mi dulce luz, escondido entre el follaje de ignorada aldea, no te puedo olvidar.

Tu recuerdo me persigue siempre, á veces risueño y otras sombrío, se levantan ante mi imágenes del pasado, creo escuchar el tañido triste y suave de la campana de tu aldea y veo la hermosa y altiva figura de Frid de

Neuwied, que jinete en su brioso alazán y enristrada su lanza, atraviesa la poterna, dando una mirada de eterna despedida á la mansión de sus padres, al par que se aleja desheredado y triste para morir poco después valerosamente ante los muros de Jerusalem.

También allí asomada á la ojiva ventana veo á Guillermina, seguirlo con su mirada al par que satánica sonrisa ilumina su hermoso rostro, tinte oscuro de una raza de héroes, espíritu malo que hizo llorar á una generación entera.

¡Ah! recuerdos de otro tiempo ¿por qué mortificáis mi corazón, por qué entónces no vivo con vosotras, sombras queridas? la tumba solo podrá reunirnos un día.

Pero, ¡ah! suspended ángeles de la leyenda del pasado, vuestras narraciones extraordinarias, no bataís más vuestras alas soñadoras.

Sobre mis sienes palpitantes pues, Heine, os digo que es tarde y quiero descansar.

Gastón de Norwege.



# FRAGMENTOS DE UNA CARTA

.



## FRAGMENTOS DE UNA CARTA

---

.....  
.....  
“Voy á morir, quiero poner un término á mi vida; al hacerlo me guía un profundo deseo de conocer el más allá de la existencia y no tengo paciencia para esperar un día más; seré un loco para los unos, un héroe para los otros.

“Creerán que imito al Werther de Goethe; pero ¿qué importa la opinión de un mundo del que no quiero ya formar parte!

“¿Qué es la vida? ¿puedo acaso darme cuenta del por qué del vivir?

“¿Qué hago yo ahora? una cosa que he visto hacer á algunos hombres cuando la existencia pasaba penosamente sobre ellos, una puerta que he visto abierta más de una vez y huir para esconderse tras ella el deshonor y la desdicha.

“Llámanle suicidio, pero yo tal vez no hago sinó seguir el curso de un sueño ordenado.

“Veamos, pues, si dejando de vivir salgo de él; quiero descifrar ese misterio que se cree, se abre ante nuestros ojos después de la vida; yo creo, yo presiento el más allá, es un algo cuyo significado cuesta la existencia.

“¡Y qué importa ella! un átomo, menos que un átomo para la eternidad del tiempo.

“La humanidad no lo descubrirá jamás porque es ciega para el espíritu como no descifrará nunca el arcano de Dios, el principio, el fin y el infinito.

“¡Oh! recuerdo las teorías de mi viejo profesor Nisam, ¡cómo brillaban sus ojos al hablar! ¿sería eso verdad? el espíritu desconoce lo material, me decía, como la materia no concibe al espíritu.

“Ésta vida real debe acabar por siempre al abandonar el cuerpo; ya el alma no podrá admirar la luz de nuestro sol y los encantos y miserias de la vida. Una nueva existencia, completamente distinta, algo que no comprendemos porque allí está el misterio, se le presentará al alma que por otra parte habrá olvidado por completo lo que fué esto que llamamos vida real.

“No es una vida como lo ha soñado siempre

la humanidad, es algo creado que sólo Dios, ó más bien dicho, el espíritu creador supo darle forma y colorido.

“El hombre no puede comprenderlo, no lo comprenderá jamás; las dos existencias no tienen punto de contacto; son tan distintas cual si nunca se hubiese vivido en ninguna de ellas.

“¿Cómo podrémos darnos una remota idea del infinito y de la nada? ¿qué es la nada? ¿lo sabes tú Guillen? No, pues bien; jamás veremos en cuestión espiritual, más que hoy; las puertas eternas las cerró Dios á los hombres y á la creación y el alma que tal vez sienta el horror de la nada tendrá un inmenso placer al sentirse revestida de un algo; experimentar el frío, el calor; ver el hermoso azul del espacio que llamamos cielo, el resplandor del sol y los mil encantos que rodea la vida y presintiendo que esto no es sinó un instante, que la vida es un soplo y debe por siempre acabar; deseo verlo todo y débilmente rechazar las pasiones que al fin lo arrastran por el mundo.

“Recuerdo que al oirlo, sentí mi sangre coagularse en mis venas y mi corazón estremecerse: temblé, temía morir; las teorías eternas nunca se me habían presentado bajo tan lúgubre aspecto.

“—Maestro,—exclamé;—lo que acabáis de

decir es horrible; ¿cómo es posible que este mundo donde somos tan desgraciados, sea el paraíso del alma?

“Pero no, no puede ser; entonces Dios no sería grande é imperecedero, si hubiese formado el universo bajo tan espantable forma; no lanzaré hácia Dios tal injuria; no es posible, no, tu teoría.

“Nisam me miró, sus negras pupilas absorbieron el puro azul del iris que las circundaban, y sus labios sonrieron desdeñosamente.

“—El hombre, siempre el hombre ¡Oh humanidad que has vivido soñando, has creado mundos cuyas imágenes hiscitéis sonrientes, porque alguna vez no soñásteis que vuestros deseos no se cumplirían nunca, porque más bien apartando vuestras miradas de lo eterno, no sofrenásteis vuestras pasiones, haciendo que la vida fuese suave, pendiente! ¿por qué no os amásteis como hermanos y olvidastéis vuestro fin?

“Por qué siempre ambicionando placeres? acaso el dolor no es el placer, porque no admirásteis la naturaleza llena de tesoros infinitos, porque no hicistéis del mundo raza de fieras, vuestro paraíso.

“El mundo es tal cual el hombre lo quiere y

lo ha querido; el alma del hombre es un monstruo, cuyo destino es la eterna sombra.

“Las teorías de Nisam me espantaban, pero á pesar de eso, largo tiempo me arrastró su formidable lógica y más de una vez creí que había perdido mi razón.

“Cuantas veces en la callada noche contemplando el espléndido enjambre de mil luceros que adornan la bóveda infinita, no desesperé creyéndolo todo perdido por una eternidad.

“No debía admirar nunca esos mundos que pueblan el espacio, y cerrando mis ojos trataba de soñar; sentíame elevado más allá de la atmósfera terrestre, en la nada del espacio, pero volvía en mí, abría los ojos y me encontraba en la tierra; entonces me sobrecogía sombría desesperación; nada, nada, me decía, no existe el más allá, la tierra es la única vida, el universo está cerrado para mí.

“A veces recordaba el sueño de aquel pobre Frid, mi compañero de colegio, cuando sumido entre grandes infolios de obras de sabios y profundos soñadores del siglo xv y xvi, me decía levantando hácia mí su largo, pálido y calenturiento rostro.

“Hace un millón de millones de años que la tierra no existe, pero aún se oye en la eternidad de los espacios, siguiendo su carrera sin fin, su

último estertor de agonía y algún planeta perdido en las inmensidades vislumbrará, tal vez, en este instante su moribunda y pálida luz.

“¿Qué fué de ese planeta que Dios colocó en el sitio privilegiado del universo entero y que debido á la densidad de luz y calor de los mundos que lo rodean, concibió en sus entrañas ese sér inexplicable que se llamó hombre y ese conjunto de séres casi divinos que se llama humanidad? ¿qué fué de ese mundo y de esa raza de génios, cuya madre fué la tierra?

“Dios los amó hasta el extremo de librarlos de la ley general de destrucción por un soplo de ese fuego divino que es el gérmen de la creación, los hizo inmortales, dándoles parte de su ser, y los hombres al serlo, debían conservar solo el recuerdo.

“Su mundo no existía, el choque de dos astros habíalo convertido en millares de fracciones.

“Pero ellos, meciéndose en los espacios reducidos á sombras, conservaban el recuerdo de sus vidas, vivían aún en su mundo en medio de sus dolores, desdichas, crímenes y placeres que solo existía en ellos, como existe la leyenda en las páginas de la historia.

“Tu no vives, me decía, tu sueñas y yo también; hay un algo en mí que me espanta, á veces, cuando reclino la cabeza en mi almohada

y trato de dormir, hay un algo que me desvela; me parece que floto por un negro caos, por un espacio sin fin y mis oídos creen escuchar un tremendo alarido que se pierde en las concavidades de lo increado y creo ver una luz que corre y se extingue en los abismos del infinito, veo ante mi vista grupos informes de sombras y algo semejante á un murmurio dentro de mi alma que parece decirme: he aquí lo que resta de la madre tierra.

“Entonces las convulsiones poderosas de mi alma, para salir del letargo eterno, vuelven al fin á ceder y caigo de nuevo en el sueño de la vida. Me encuentro en mi lecho; todo á concluido para mi espíritu, pero la voluntad de Dios pesa sobre nosotros implacable y sin fin.

“¡Pobre Frid! Era el sueño de un loco, entonces también me sentí subyugado por la lógica de aquella criatura enferma y calenturienta, que un fin trágico, la muerte tras la demencia, voltearon mis ensueños hasta el polvo del realismo vital, encontradas ideas turbaron mi razón. ¡Adios por siempre humanidad! la nada á la vida me resta en el más allá.

.....  
.....

¿Quién fué Guillen? Un profundo sabio, un filósofo consumado que, á semejanza de los fi-

lósofos alemanes del siglo diez y siete, dejó monumentales obras escritas y que se conservan aún en las bibliotecas reales de distintas provincias del imperio.

¿Qué fué de él?

Murió cuando apenas tenía 30 años, dejando luminosos destellos de un saber profundo; *murió y no volvió.*

G. de Norwege.

**FIN**

# ÍNDICE

---

	<u>PAGINAS</u>
En la Recoleta.—La Mendiga . . . . .	3
Mercedes . . . . .	11
Tristezas . . . . .	16
En busca . . . . .	21
Luisa . . . . .	26
Historia de María . . . . .	30
Asaltos de Manuel . . . . .	45
Laura . . . . .	50
Horacio X . . . . .	51
Noticias de Londres . . . . .	68
Recibo en casa de la señora L . . . . .	77
Lord . . . Wuillans . . . . .	92
Epilogo . . . . .	100
<hr/>	
NEUEWIED . . . . .	105
FRAGMENTOS DE UNA CARTA . . . . .	111

